WARHAMMER 40,000

CODEX

ADEPTA SORORITAS



ADEPTA SORORITAS

HERMANAS DE BATALLA

Este PDF es un suplemento hecho por y para fans, el cual contiene las páginas del *Codex: Adepta Sororitas* en inglés que no fueron traducidas ni incluidas en su versión española.
Wikihammer 40K agradece de corazón la labor de los voluntarios que han traducido, repasado y maquetado este PDF, ofreciendo su tiempo y su esfuerzo para el disfrute de todos. Ha sido increíble.

Que sirva de testimonio de lo que se puede hacer cuando muchos arriman el hombro.

Wikihammer 40K

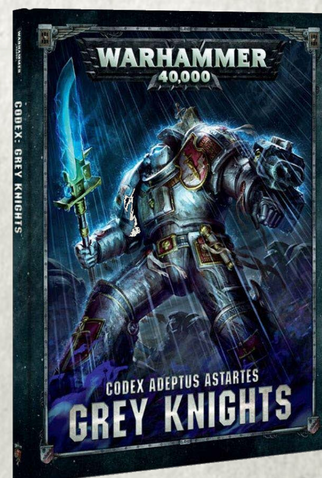
CONTENIDO

PRÓXIMAMENTE

CODEX CABALLEROS GRISES

Ahora que ya están todos los Codex, casi, y esta edición no para de traernos novedades, vamos a retomar la traducción de los Codex para que 2021 sea mejor todavía.

¡Únete, hay gloria suficiente para todos!



CRUZADA HISPÁNICUS

"Escuchad todos estas palabras pues son la voluntad de nuestro amado Dios Emperador. Ningún escrito que relate sucesos Imperiales puede ser mancillado con la mácula del spanglish, tampoco con una mala traducción, faltas de ortografía o el herético recorte de páginas. Tales actos suponen una afrenta al Credo Imperial y a la propia Humanidad, y serán purgados por voluntarios de la Cruzada Hispánicus usando la santa trinidad de programas traductores, correctores y de maquetación".

"Dura es la tarea de estos fieles hermanos, relegados a trabajar en la sombra y sin mayor recompensa que la satisfacción del deber cumplido. Pero nuestro idioma recibe ataques constantes y alguien tiene que hacerles frente, o de lo contrario el Caos se apoderaría de sus textos divinos, transformándolos en abominaciones ilegibles que tan solo entenderían sus viles siervos".

-Hermano Traductus, citando versos del sagrado libro *"Cómo arreglar transcripciones de GW"*.

"Ha llegado la hora. Games Workshop ha decidido que no merece la pena que los fans hispanohablantes tengan todo el trasfondo disponible en su idioma.

No vamos a perder el tiempo en quejarnos. Vamos a traducir todo lo que no traduzcan ellos. Para que podáis leerlo gratis, en castellano y para siempre.

Esto es un ejercicio de iniciativa. De no ser una comunidad pasiva que se conforma con recibir las consecuencias de las decisiones de otros, recurriendo como siempre a la pataleta. Si un grupo de señores de Nottingham ha estado en su derecho de quitar páginas en español, nosotros estamos en el nuestro de traducirlas. Y, honestamente, hay pocas cosas más dignas que solucionar uno mismo las cosas que no le gustan.

Si la de Guilliman es la Cruzada Indomitus, la nuestra es la Cruzada Hispanicus y empieza mañana."

- Proclama de inicio de la "Cruzada Hispánicus"

HERMANOS DIALOGANTES

TRADUCCIÓN
Jordi Cazorla

REVISIÓN
José Carpio

MAQUETADO
José Carpio

CONTROL DE ERRATAS
José Carpio

EL CREDO IMPERIAL

La Herejía de Horus constituyó el mayor acto de traición en la historia humana. La galaxia quedó dividida por unas apocalípticas luchas y el Emperador de la Humanidad fue derribado y colocado sobre el Trono Dorado. En medio del tumulto, se fundaron los cultos que lo adoraban como a un dios, y conforme su poder crecía a partir de la Herejía, los infieles fueron purgados.

El Credo Imperial es la única religión oficial que hay en el Imperio del Hombre. Existen varias interpretaciones del credo en los cientos de miles de mundos en donde se practica, pero su principio básico es inmutable, es decir, el Emperador es el Dios todopoderoso de la Humanidad. Se toleran pequeñas diferencias en los dogmas y en los ritos de adoración de un planeta a otro, pero cualquier desviación relevante en la creencia supone herejía y se castiga con la muerte.

El Emperador fue venerado como un dios por muchos miembros del Imperio incluso antes de su internamiento en el Trono Dorado. El liderazgo y la visión que demostró durante los años de la Gran Cruzada se convirtieron en leyenda, e incluso fue visto como un ser divino en algunos de los planetas más retrógrados que redescubrió, con sirvientes sobrehumanos que descendieron de los cielos sobre carros alados de fuego. Su ilimitada voluntad y adamantino carisma hacían que tribus de primitivos humanos se inclinasen asombrados allá por donde fuese, y aunque él mismo negó ser un dios fue visto como tal por muchos de los pueblos que reunió bajo su reinado.

Después, el Señor de la Guerra Horus y la mitad de las Legiones de los Marines Espaciales se comprometieron con los Dioses Oscuros del Caos. La guerra civil que siguió a este acto de herejía condujo al Imperio al borde de la aniquilación y a que los traidores finalmente asaltaran el Palacio Imperial en Terra.

La Herejía de Horus llegó a su final cuando el Emperador mató a su antiguo Señor de la Guerra, llegando a resultar él mismo herido de muerte y acabando colocado en medio de la maquinaria de soporte vital del Trono Dorado. Este arcano dispositivo proyectó la mente del Emperador a la disformidad, asegurando que su eterna presencia aún se sintiera en todo el dominio que había creado.

A raíz del último sacrificio del Emperador, hubo un gran aumento de la adoración y la veneración hacia él. Pero con este mismo fervor también surgió el miedo, ya que si incluso el Señor de la Guerra, el sirviente más confiable del Emperador, podía caer en la Herejía, ¿en quién del Imperio se podría confiar que se mantuviese fiel? Miríadas de profetas aparecieron por toda la galaxia, cada uno profesando una versión distinta de la santa voluntad del Emperador, y denunciando a aquellos que desafiaron su palabra como traidores a la Humanidad. Los proselitistas más voluntariosos atrajeron a cultos de fanáticos seguidores a su causa, y gracias a la fuerza de su número pudieron absorber o aniquilar directamente a las sectas con menos adeptos.

Finalmente, un culto supremo emergió: el Templo del Emperador Salvador. Aunque inicialmente se fundó en Terra, sus innumerables devotos tenían poder en toda la galaxia y en todos los estratos de la sociedad Imperial, desde supervisores de manufactorum hasta altos consejeros y oficiales militares de alto rango. Las organizaciones que



Bajo los vigilantes ojos de las Hermanas de la Orden de la Rosa Sagrada, miles de penitentes y peticionarios pasan por la sombra del santuario de Santa Elenica. Cualquiera de ellos cuya fe sea deficiente no sobrevivirá por mucho tiempo a su escrutinio.

no se adhirieron a las enseñanzas centrales del Templo del Emperador Salvador se enfrentaron a advertencias paralizantes: los gobernadores planetarios que desdeñaron estas órdenes de censura vieron cómo los suministros vitales de alimentos y materiales fueron desviados de sus mundos, mientras que a aquellos planetas en donde abundaban masas sin demasiada fe, se les asignaron tareas industriales con las tasas de mortalidad más altas posibles, o simplemente fueron asesinados por completo como herejes.

Para el 32º Milenio, casi dos tercios de la población del Imperio eran ya seguidores del Templo del Emperador Salvador. Con la orden cada vez más extendida, sus principios fueron reconocidos como la religión oficial del Imperio y recibió el título de Adeptus Ministorum. Un par de siglos más tarde, el jefe del Ministorum, el Eclesiarca Veneris II, se convirtió en un Alto Señor de Terra, tornándose su posición en una que dirigiría el curso de la Humanidad. Solo el Adeptus Mechanicus y los Capítulos del Adeptus Astartes pudieron desviarse abiertamente de sus enseñanzas. Sus tradiciones con respecto al Emperador diferían significativamente de la doctrina Imperial oficial, pero los históricos lazos con el Emperador, así como el crucial papel desempeñado por los Tecnosacerdotes y Marines Espaciales en la supervivencia de la Humanidad, llevaron a la aceptación de esta diferencia.

ADEPTUS MINISTORUM

Desde su fundación, el Adeptus Ministorum, comúnmente conocido como la Eclesiarquía, ha sido el cuerpo a través del cual se disemina el Credo Imperial y se supervisa su práctica. Legiones de predicadores, confesores, misioneros y cardenales supervisan la veneración dada al Emperador por las innumerables masas de la Humanidad. Siempre vigilantes, se aseguran de que los actos de adoración estén en la línea del principio básico del Credo Imperial, y de que el fervor tenga una adecuada salida. Por medio de la Eclesiarquía, a los miles y miles de millones de ciudadanos del Imperio se les enseñan los peligros de la desviación, y que esa falta de fe sin control es aún más desenfrenada y mortal que cualquier enfermedad. Incluso las actividades que podrían verse como potencialmente heréticas están anatematizadas. El hecho de no informar al Ministorum de que vecinos, compañeros de trabajo o miembros de la familia han perdido su fe es visto como una herejía.

La presencia de la Eclesiarquía en todo el Imperio es casi ineludible. En aquellos mundos más densamente poblados y estratégicamente importantes, las altas catedrales destacan en los lugares prominentes, y sus vidrieras pintadas con representaciones iluminadas de figuras santas se pueden ver desde una órbita baja. Los escasamente poblados mundos letales y estaciones mineras de asteroides tienen santuarios y templos más pequeños desde los cuales los agentes de la Eclesiarquia pueden supervisar a sus cargos, y observar si hubiese algún signo de heterodoxia. Los actos blasfemos son tratados por el Ministorum con una despiadada finalidad: se obtienen confesiones, se descubre a los conspiradores y los culpables son ejecutados, a menudo de la manera más horrible y pública que sea posible. El miedo transmitido por estas exhibiciones es una herramienta necesaria para proteger la población en general de la desenfrenada depravación. Administrar tal purga es un deber sagrado, y muchos lo llevan a cabo dentro de la Eclesiarquia sin alegría ni malicia.

De esta manera, el Adeptus Ministorum ha guiado a los sirvientes del Emperador por varios miles de años. Durante esta vasta extensión de tiempo, ha desarraigado innumerables creencias aberrantes, y con las ardientes piras ha librado al Imperio de todo tipo de estigmatizadores y demagogos. Debajo del Palacio Eclesiarcal de Terra hay kilómetros y kilómetros de serpenteantes catacumbas, dentro de las cuales se hallan



Haciendo un recuento rápido están los predicadores, obispos, confesores, pontífices, fraternidades, agonistas, escribas y otros clérigos variados del vasto y poderoso Adeptus Ministorum.

los registros de tales hechos: diarios sacerdotales y rollos de confesión entintados en la sangre de aquellos que blasfemaron. Adentrándose en esta sinuosa biblioteca, a todo un día de caminata desde la entrada secreta más próxima, las crónicas de Lord Vandire y de otros falsos profetas se mantienen bajo una constante vigilancia. Aún más lejos se encuentra la Bóveda de los Orígenes, una cámara sagrada cuya ubicación y método de acceso son conocidos solo por los Eclesiarcas y sus asesores más cercanos, lugar donde se conservan los primeros registros del Templo del Emperador Salvador.

Pero a pesar de sus profundas raíces y su dominante presencia en el Imperio, el Adeptus Ministorum debe reafirmarse constantemente contra todos aquellos que amenazan su santidad, en especial desde la apertura de la Gran Grieta. Los levantamientos de infieles son un constante flagelo, igual que las incursiones de traidores y xenos hacia los mundos santuario. Cuando es posible, insurgencias e invasiones son tratadas por las fuerzas de defensa planetaria locales, regimientos temporalmente bajo el control de la Eclesiarquía. Pero allá donde las hostilidades representan una amenaza significativa, donde el alcance de la corrupción o la escala de la invasión sobrepasa la capacidad de purga de las fuerzas locales, se despliega a las Adepta Sororitas para destruir a los enemigos de la fe. Sin vacilación ni piedad administran la ira de la Eclesiarquia sobre todos ellos, erradicando de la existencia maléficas cábalas de psíquicos, herejes y mutantes.

LA ERA DE LA APOSTASÍA

La formación del Adepta Sororitas se produjo durante un periodo de agitación y derramamiento de sangre, un lapso de décadas en las que no solo la Eclesiarquía, sino todo el Imperio, estuvo a punto de desgarrarse. En los diferentes mundos, esta época de miedo y condenación es conocida por muchos nombres, pero en los anales del Ministorum es llamada la Era de la Apostasía.

En el 36º Milenio, el tirano Goge Vandire osó usurpar el puesto tanto del Eclesiarca como del Alto Señor del Administratum. Lo logró mediante una vil combinación de sobornos, coerción, chantaje y asesinatos, asegurándose un nivel de autoridad sin precedentes. Desde la caída del Emperador, nunca nadie había controlado tanto la expansiva burocracia a través de la cual se organizaron los millones de mundos del Imperio, como la gran fe que mantenía a la Humanidad unida contra sus innumerables enemigos. Con unos poderes de mando tan incomparables, Vandire buscó poner al Imperio bajo sus pies, dando lugar al Reino de Sangre en el que miles de millones murieron y planetas enteros se quemaron.

El Reino de Sangre continúo durante décadas. Con cada año que pasaba, Vandire se volvía cada vez más psicótico y el número de los que terminaban quemados en sus fuegos aumentó exponencialmente. Durante el apogeo de esta locura, una secta llamada la Confederación de Luz saltó a la fama en el mundo Dimmamar. Guiada por un hombre entonces desconocido llamado Sebastián Thor, la secta denunció el brutal gobierno de Goge Vandire, y comenzó a difundir un mensaje de esperanza por todo el Imperio, un mensaje que fue aceptado con fácilidad por personas que habían vivido bajo largo tiempo el yugo de su sádica opresión.

Vandire envió a una fuerza desde Terra para aplastar la Confederación de la Luz, y ejecutar al advenedizo Thor. Pero poco después de su partida, toda la flota fue destruida, destrozada por una tormenta disforme terroríficamente poderosa en un área de espacio aún conocida y muy temida como la Tormenta de la Ira del Emperador. Sin control, la Confederación de la Luz fue capaz de expandir su influencia, obteniendo así apoyo en decenas de sistemas dispuestos a unirse a ellos para rebelarse en contra del tiránico Alto Señor. Por medio de una magistral oración, Sebastián Thor reunió a millones para su causa, aumentando de un modo constante su poder para igualarlo a las fuerzas aún leales a Vandire. Sin embargo, la liberación solo llegó cuando los Adeptos de Marte, los Marines Espaciales y los Adeptus Custodes eligieron ponerse del lado de Thor. Se hicieron los preparativos para el asalto del Palacio Eclesiarcal desde fuera, mientras que los Custodios atacarían a Vandire por detrás de las líneas defensivas.

HIJAS DEL EMPERADOR

Aunque el poder combinado de las fuerzas que se movían en su contra era considerable, Vandire estaba lejos de estar indefenso. Al inicio del Reino de Sangre, su gran red de espías había informado al Alto Señor sobre un pequeño culto compuesto por cerca de quinientos individuos, ubicados en el poco conocido mundo agrícola de San Leor. Bajo el nombre de las Hijas del Emperador, los miembros de la secta estaban por completo dedicados a la adoración del Emperador y a mantener de su pureza interior. Estudiaron antiguas artes de la guerra, despejando sus mentes de las consideraciones mundanas para perfeccionar sus habilidades en batalla en el transcurso de su vida. Esto despertó el interés de Vandire, que informó a las Hijas del Emperador de que las honraría con una visita Eclesiarcal.

> **“Hay quienes creen que deberíamos perdonar al ignorante, al temeroso y al mal encaminado por sus herejías. Tales evocadores de misericordia y comprensión de voluntad débil son tan malos como aquellos a quienes buscan disculpar ¡Quemadlos a todos en la misma pira!”**
>
> *- Canonesa Ismelda Caritados*

Cuando Goge Vandire llegó a San Leor, las Hijas del Emperador le informaron de que no lo reconocían como un enviado del Dios Emperador, lo que provocó una oleada de furia entre su considerable séquito. Pero el Alto Señor, que aún no había sucumbido a los estragos de la locura, les había preparado una demostración para probar su estatus. Le mandó a un guardia que le disparase, para demostrar que estaba protegido por el favor del Emperador. El guardia disparó su pistola láser y después de un cegador destello de luz, las Hijas del Emperador vieron claramente que Vandire permanecía ileso y cayeron de rodillas en adoración. Como Goge Vandire más tarde se jactaría antes sus escribas, había adivinado acertadamente que la aislada secta no tenía conocimiento del campo de energía producido por el rosarius que llevaba puesto.

Habiendo hecho juramentos de fidelidad al Alto Señor, las Hijas del Emperador pasaron a ser guardaespaldas eclesiarcales. Su cultura de pureza y excelencia marcial se vio aumentada por el nuevo armamento, y su dedicación a la protección de Vandire se volvió legendaria en todo el Imperio. Cuando la legitimidad como Eclesiarca de Vandire resultó desafiada, estas mujeres soldado de élite fueron su espada de refutación, y cuando conspiró el Santo Sínodo del Ministorum para intentar matar a su líder, la guardaespaldas de Goge Vandire entró en su cámara, cerró las puertas y salió unas horas más tarde cargando las cabezas de todos los cardenales presentes.

LA CAÍDA DEL ALTO SEÑOR

Cuando las fuerzas unidas por Sebastián Thor asediaron el Palacio Eclesiarcal, las Hijas del Emperador fueron fundamentales para poder mantener a raya a las fuerzas de ataque. Con el transcurso de varios meses, las secciones exteriores del palacio quedaron reducidas a escombros, pero el complejo central donde estaba situada la sala del Trono del Alto Señor siguió siendo una impenetrable fortaleza. Las guerreras de Vandire se mantuvieron firmes contra el brutal ataque, su inquebrantable fe en el Emperador y en su sirviente favorito alimentaron su indomable espíritu de lucha. Pero mientras sus esfuerzos se centraban en repeler a los invasores, otra fuerza se movía para conquistar el Palacio Eclesiarcal desde dentro.

Como guardianes del Emperador y también del Trono Dorado, los Adeptus Custodes poseían un incomparable conocimiento del Palacio Imperial, incluida la vasta ala en que se encontraba el Palacio Eclesiarcal. Un grupo pequeño de Custodios se abrió paso a través del serpenteante laberinto oculto de pasillos construido debajo del palacio, emergiendo no muy lejos de la sala de audiencias de Vandire. Allí fueron confrontados por seis guerreras guardaespaldas eclesiarcales. El líder de los Custodios soltó su arma e intentó convencer a las fieles de Vandire de que el Alto Señor al que servían era un enemigo de la Humanidad, del Imperio y del mismo Emperador. Pero las sirvientes Eclesiarcales no se dejaron influir por aquellas palabras, y en vista de su fracaso el Custodio vio que tan solo le quedaba una opción para conseguir una alianza. Pidió a las



El canto llano, la oración y el estrépito que ocasionan los pies blindados rugen como un trueno entre los cavernosos arcos del Cathedrum Sanctifactum mientras fila tras fila de Adepta Sororitas marchan a la Cruzada ¡La galaxia sentirá su ira!

mujeres que estaban impidiendo el paso que lo siguieran a través de los sinuosos túneles, para conducirlas al lugar más sagrado de toda la galaxia: las cámaras del Trono Dorado, allí donde el Emperador reposaba sentado. Estas seis mujeres guardaespaldas iban a ver lo que nadie más, exceptuando a los compañeros de los Adeptus Custodes y los Primarcas de los Marines Espaciales, había visto durante seis milenios, y juraron guardar este secreto bajo pena de muerte.

Lo que ellas vieron en esas cámaras nunca ha sido registrado, pero cuando las dejaron, sus corazones ardieron de ira. Volvieron por los túneles al Palacio Eclesiarcal, donde su líder, Alicia Dominica, habló a su orden acerca de la insondable corrupción del Alto Señor. Así pues, y renunciando a continuar bajo servicio de Vandire, todas las Hijas del Emperador siguieron a Dominica al salón privado donde estaba refugiado el Eclesiarca. Lo encontraron ocupado en un estudio abstruso, sus cámaras habían sucumbido a la anarquía y sus escribas hacía mucho que huyeron. Vandire, al ver a sus supuestas guardaespaldas allí, lanzó una diatriba sedienta de sangre, ordenándoles que marchasen y matasen a los invasores. Su líder Alicia Dominica lo miró fríamente, y con las palabras que algún día quedarían grabadas en el sarcófago que guarda su cuerpo, pronunció su juicio.

"Has cometido la mayor de las herejías. No solo le has dado la espalda al Emperador y salido de su luz, también has profanado su nombre, y casi destruido todo aquello que él se esforzó por construir. Has pervertido así como retorcido el camino que él trazó para que lo recorriese toda la Humanidad. Como dictan tus propios decretos, no puede haber piedad por semejante crimen, ni piedad para tal criminal. Renuncio pues a su señoría, que camina por la oscuridad y por lo tanto no se le puede permitir vivir. Vuestra sentencia ya se ha retrasado demasiado, y es hora de que muráis."

Dominica levantó su poderosa espada para que Goge Vandire la viese bien. Sacudiendo la cabeza sin comprender lo que ocurría, el Alto Señor dijo a su antigua guardaespaldas que estaba demasiado ocupado para morir. Ante esto, Dominica bajó su espada envuelta en energía decapitando al traidor y cortando el rosarius, que había usado el día en que se encontró por primera vez frente a las Hijas del Emperador.

REFORMAS

El Reino de Sangre murió con Vandire, pero la Era de la Apostasía tardó aún muchos más siglos en sofocarse. Se juzgó a Sebastián Thor por sedición, pero como se tuvo en cuenta la pureza de sus intenciones y el odio que sentía por el tirano depuesto, no solo no se le declaró culpable, sino que fue nombrado como nuevo Eclesiarca. A petición de los Altos Señores de Terra, se implementaron una gran cantidad de cambios en el Adeptus Ministorum, el más radical de todos ellos fue la implementación del Decreto Pasivo. A través de este edicto, se dio orden a la Eclesiarquía de que renunciara al control de fuerzas militares permanentes, entregando la mayor parte de sus ejércitos a la Guardia Imperial y sus flotas a la Armada del Imperio. Pero Sebastián Thor insistió en que las Hijas del Emperador no se vieran afectadas por el Decreto. Sabía que se necesitaba poder militar para defender la fe, por lo que las Hijas del Emperador se incorporaron totalmente al Ministorum, y pasaron a llamarse las Adepta Sororitas. Este hecho causó mucha irritación entre los otros Altos Señores, pero el caso es que no contaron con ningún recurso que les permitiese oponerse a dicho deseo del recién nombrado Eclesiarca, ni a los poderes que aún ostentaba.

EJÉRCITO DE LA ECLESIARQUÍA

Desde su inicio, las Adepta Sororitas han reforzado sus filas hasta el punto de que su presencia ahora se siente en todo el Imperio. Son a la vez una fuerza militar obstinada y un faro de fe, y mediante inquebrantable poder aplastan a todos los que se oponen a la voluntad del Eclesiarca o la santidad de los dominios del Emperador.

El Adepta Sororitas es por necesidad extenso tanto en tamaño como estructura. Donde las Hijas del Emperador formaron una sola secta, las Adepta Sororitas comprenden múltiples Órdenes dispersas por toda la galaxia, lo que les permite combatir las amenazas contra la fe allá donde surjan. En teoría, es el Eclesiarca quien dicta las acciones del Adepta Sororitas, empuñándolas como una espada justa para dar castigo al hereje, al psíquico y al mutante. Pero en la práctica, es la Sororitas de más alto rango, la Abadesa Sanctorum, quien controla el poder de la Hermandad.

La división principal que se halla dentro de la organización del Adepta Sororitas es entre los dos Grandes Conventos. Cada uno de los dos Conventos es una estructura tanto a un nivel físico como organizativo: un par de enormes santuarios fortificados complejos que rigen las innumerables subdivisiones de las Adepta Sororitas. El Convento Sanctorum se basa en Ofelia VII, que es el más antiguo de entre los mundos cardinales. Sus campanarios de una milla de altura están separados por hileras de santas estatuas, mientras que sus mazmorras se sumergen profundamente en las entrañas de la tierra, donde los gritos torturados de los blasfemos resuenan sin fin en las incontables celdas y cámaras. Ofelia VII es la segunda en santidad, solo por debajo de la propia Santa Terra, en donde se halla el Convento Prioris. Erigido a partir de los escombros del Palacio Eclesiarcal al término del reinado tiránico de Goge Vandire, sus agujas doradas sobresalen de forma majestuosa en la atmósfera superior.

Los Grandes Conventos fueron establecidos por el propio Sebastian Thor al ser nombrado Eclesiarca, y al margen de que tienen ligeras diferencias en la observancia ambos resultan idénticos en funcionalidad. Sin embargo, la división de las Adepta Sororitas en estos dos Conventos es parte de un diseño más amplio para garantizar que ningún Alto Señor pueda alcanzar el poder que tuvo en su momento el traicionero Goge Vandire. El Santo Sínodo en Terra, encargado de difundir la ley eclesiarcal, se dividió de una manera similar, y el Sínodo Ministra se estableció junto con el Convento Sanctorum en Ofelia VII. Con esta división el Ministorum y su fuerza militante tenían una medida de defensa contra la manipulación, y de este modo cada parte era capaz de vigilar la fe y pureza de la otra.



Las Hermanas de la Orden del Cáliz de Ébano avanzan a través de los tremulosos campos orientales de Baighus III, erradicando los numerosos cultos heréticos que infestan el páramo y saneando el terreno que toman con llamas purificadoras.

ÒRDENES SORORITAS

Las Hermanas del Adepta Sororitas se dividen en Órdenes, cada una de las cuales está bajo el gobierno de uno de los Grandes Conventos. Una Hermana generalmente permanece en la misma Orden hasta que el Emperador al fin se apodera de su alma, pero no es extraño que una Sororitas cambie de una Orden a otra, en particular cuando las heridas graves requieren que se intercambien servicios de combate por deberes ministeriales o ceremoniales. Cada Orden tiene por lo menos un santuario: un enclave parecido a una fortaleza en donde las Hermanas viven, adoran al Emperador y se entrenan. Las mayores Órdenes tienen varios santuarios repartidos por las parroquias que supervisan, con contingentes de Hermanas estacionados en cada una.

Las Órdenes más famosas dentro del Adepta Sororitas son las Órdenes Militantes, también conocidas como las Hermanas de la Batalla. Los guerreros entre sus filas están dedicados a lograr la pureza del espíritu a través de la perfección marcial, y siguen los regímenes y las doctrinas de entrenamiento más estrictas establecidas por las Hijas del Emperador. El número de Hermanas que componen estas Órdenes Militantes palidece en comparación con la enorme escala de soldados manejada por el Astra Militarum, pero todas las Adepta Sororitas cuentan con un grado de destreza marcial de élite que es casi inigualable para la Guardia Imperial. Un novicio de las Órdenes Militantes puede superarlos a todos menos al sargento más veterano en combate individual, mientras que las más poderosas Hermanas de Batalla se equiparan a los Marines Espaciales en habilidad y tenacidad.

Mientras la mayoría de las fuerzas militares del Imperio abarcan las abigarradas culturas de miles de mundos, las Hermanas de cada Orden están todas unidas por la misma fe y enseñanzas que las demás, dejando a un lado aquellas costumbres de la sociedad en la que nacieron para poder servir al Emperador. El mismo justo celo fluye por las venas de cada Hermana, llevándola a matar tiranos herejes e inmolar monstruosidades xenos del modo practicado por las Hijas del Emperador. Sin embargo, hay algunas diferencias entre las Órdenes en cuanto a sus ritos, ceremonias y la forma en que llevan la ira de la Eclesiarquía a los incrédulos. Algunas de estas diferencias han surgido de ciertas doctrinas de violencia que se mejoraron hasta alcanzar la perfección absoluta, permitiéndole a una Orden luchar mejor contra los enemigos que combate con más frecuencia. La "conflagración andante", adaptación por la Orden de Nuestra Señora Mártir de la antigua técnica conocida como "la marcha en llamas", ha sido utilizada para incinerar miles de peñas Orkas en la Tercera Guerra por Armageddon. Muchas Órdenes igualmente basan sus prácticas espirituales y militares en alguna de las seis Matriarcas: las guerreras elegidas que fueron guiadas hasta la cámara del Trono Dorado al término del Reinado de Sangre. Ellas son veneradas como modelos de virtud y violencia ya que son las siervas más bendecidas del Emperador, y pese a que cada una fue martirizada en un pasado milenario, sus santos actos de ira y fortaleza todavía son emulados por las guerreras del Adepta Sororitas.

Junto a las Órdenes Militantes hay múltiples Órdenes no militantes. Sus deberes incluyen la provisión de atención médica tanto dentro como fuera del campo de batalla, interpretar los textos sagrados y comunicados crípticos xenos, así como instruir a la élite gobernante del Imperio en la correcta implementación y práctica del Credo Imperial. Estas Órdenes no militantes tienen sus propios santuarios, a menudo enclavados en ciudades colmena o bien en mundos santuario, sin embargo sus Hermanas generalmente se hallan dispersas por todo el subsector local, cumpliendo con sus deberes e informando a sus Canonesas. La naturaleza vital de los servicios que estas Órdenes no militantes brindan garantiza que sean bienvenidas en casi todos los niveles de la sociedad Imperial, y también les posibilita observar signos de falta de fe donde sea que ocurran.

CRUZADAS Y GUERRAS DE FE

Cuando la Humanidad se enfrenta a una gran amenaza, corresponde a los Altos Señores de Terra ordenar una cruzada contra todos esos enemigos del Imperio. Dichas cruzadas son enormes operaciones militares que movilizan múltiples ramas de la colosal máquina bélica Imperial, incluidos los Capítulos de Marines Espaciales, regimientos del Astra Militarum, las flotas de la Armada Imperial y las fuerzas del Adeptus Ministorum. Pero el Eclesiarca también puede emitir un llamamiento a las armas cuando la santidad del Credo Imperial está en peligro. Tales movilizaciones a gran escala se conocen como Guerras de Fe.

Cuando se declara una Guerra de Fe, aquellas Órdenes Sororitas capaces de ayudar envían a sus mejores tropas para destruir a los herejes y pecadores, todos marcados para morir por el Eclesiarca. Flotas de naves del Ministorum descienden sobre el planeta, sistema o sector que fue atacado, transportando Hermanas de Batalla y ayudantes no militantes por miles a la zona de combate. Pero no son únicamente las Sororitas quienes responden a la llamada a la guerra. Otros sirvientes del Ministorum se unen a las Comandancias de estas Hermanas. Aquellos Misioneros que han pasado décadas difundiendo el Credo Imperial sobre todos los habitantes de un mundo recién descubierto, de inmediato inculcarán su ira a la población si se declara una Guerra de Fe. Operando con pequeños contingentes de guerreros elegidos cuidadosamente y junto a Fratrías Militantes, estos Misioneros están sumamente felices de poder combinar sus esfuerzos purgadores con los de las Adepta Sororitas. Del mismo modo, los Predicadores que han estado operando en sistemas vecinos reúnen todo tipo de reclutas entusiastas para su causa. Aquellos cultos más fervientes del Credo Imperial son impulsados a la acción, y mediante lagrimosas oraciones sus miembros suplican al Emperador tener la oportunidad de desatar su justa furia sobre los infieles. Unidas como una sola, filas masivas de creyentes rodean al enemigo, masacrando y quemando a quienes la luz del Emperador no puede redimir. Las Guerras de Fe pueden durar décadas, o incluso siglos, y estas no se dan por acabadas hasta que todos los rastros del enemigo herético hayan sido eliminados de la galaxia.

ORDO HERETICUS

Al finalizar de la Era de la Apostasía, la Inquisición creó una orden secreta para observar más de cerca a la Eclesiarquía. Mientras que la Inquisición supervisa todos los aspectos del Imperio, el Ordo Hereticus se encarga principalmente de erradicar toda fe aberrante antes de que llegue a correr desenfrenada. Aunque la Eclesiarquía se regula a sí misma y a sus seguidores de cerca -principalmente a través de las Adepta Sororitas-, el Ordo Hereticus proporciona una línea extra de defensa para garantizar que aquellos en el poder dentro de la Eclesiarquía no abusen de sus posiciones hasta el punto de amenazar la estabilidad del Imperio. Estos Inquisidores observan las Guerras de Fe con detenimiento para asegurarse de que los objetivos establecidos por el Eclesiarca estén justificados, y que estos no superen aquellos por los que luchan en realidad. También monitorean a los ejércitos temporales, conocidos como Fratrías Militantes, que se suman a los miembros del sacerdocio en los teatros de conflicto, cerciorándose de que tales fuerzas se disuelvan después de que ya no sean necesarias. De esta manera, el Ordo Hereticus garantiza que el ejército permanente de la Eclesiarquía no llege a los niveles que alcanzó estando bajo el mandato de Goge Vandire.

ARSENAL DE LA HERMANDAD

Las Adepta Sororitas son una de las organizaciones militares más elitistas en todo el Imperio. Las armas y armaduras llevadas por las Hermanas de las Órdenes Militantes les permiten enfrentarse a los enemigos de pesadilla de la Humanidad, y también sirven como un símbolo de su sagrado deber para con el Eclesiarca y el Emperador.

Las Sororitas de cada Orden Militante siguen las doctrinas de combate establecidas por las Hijas del Emperador, basadas en presionar el ataque hasta que el enemigo esté lo bastante cerca como para poder escuchar sus gritos de arrepentimiento. Para lograrlo las Hermanas llevan un equipo de guerra que proporciona una mortal combinación de las capacidades ofensivas y defensivas, pero sin obstaculizar su movilidad. Al incorporarse al Ministorum, el armamento algo primitivo de las Hijas del Emperador fue ampliado para complementar sus ya letales capacidades, y proporcionarles potencia de fuego suficiente para eliminar las amenazas más indomables. Las Sororitas van equipadas con una servoarmadura y han sido entrenadas en el uso de vehículos de combate pesados, pudiendo así atravesar las oleadas de fuego de armas ligeras. Originalmente tenían improvisadas pistolas, artilugios incendiarios simples y armas láser estropeadas, que fueron reemplazadas por armas de guerra con mayor poder de parada. Sin embargo, en general su armamento todavía se ajusta al principio que establecieron las Hijas de emplear una "santa trinidad" de poder de fuego al pelear contra los faltos de fe. El primero entre la santísima trinidad es el bólter, que dispara proyectiles reactivos a la masa con precisión punitiva, y representa la justa mano del Emperador que se acerca para condenar al hereje. El segundo es el lanzallamas, el cual escupe unas gotas de prometio ardiente que simbolizan la palabra purificadora del Emperador. El tercero es el rifle de fusión, lanzador de rayos de energía sobrecalentada que puede hasta atravesar el adamantio, encarnando la penetrante mirada del Emperador. Las variaciones de estas tres armas se usan muy comúnmente en todo el Adepta Sororitas, y en su conjunto crean una mortífera zona donde ni los blindados ni la infantería enemiga pueden ya escapar.

El equipamiento de guerra para las Sororitas es suministrado por los Tecnosacerdotes de Marte. Cuando fueron reubicadas en Terra las Hijas del Emperador, el Alto Señor Goge Vandire firmó un tratado con el Fabricante General de Marte en ese momento, Gastaph Hediatrix, por el cual sus fervientes guerreras estarían armadas a perpetuidad. Conocido como el Tratado Iluminado, aseguró que las guardaespaldas Eclesiarcales dispusiesen de todas las herramientas de guerra necesarias para poder exterminar cualquier amenaza al poder del Alto Señor, así como otorgar ciertas libertades, no reveladas, al Mechanicus con respecto a la aplicación por parte de Vandire del Credo Imperial. Tras la ejecución de Goge Vandire bajo la espada de Alicia Dominica y el establecimiento del Adepta Sororitas como la fuerza militante del Ministorum, Sebastian Thor reafirmó el Tratado Iluminado, al igual que cada Eclesiarca posterior. Para el Adepta Sororitas, la Escritura no solo es vital a fin de proporcionarles armas y armaduras, sino que simboliza la comunión entre su secta y la de los marcianos para exterminar a Vandire. Por sus palabras, están seguras de que los Adeptos del Omnissiah son verdaderos servidores del Emperador, a pesar de la inusual fe profesada por sus Tecnosacerdotes.

Cada pieza del equipo de guerra suministrado al Adepta Sororitas se lleva en primer lugar al Convento Prioris en Terra o bien al Convento Sanctorum de Ophelia VII. Una vez allí estos son bendecidos por coros de novicios en ritos que pueden durar días o incluso semanas. Las armas son todas ungidas con aceites sagrados, y luego pulidas con telas que han sido tocadas por santos Imperiales. En cada pistola bólter y espada sierra pueden verse inscritos varios versos del mismísimo Fede Imperialis, Himno de Batalla del Adepta Sororitas, con el objeto de garantizar que su camino y su azote sean los verdaderos. Los equipamientos de guerra especializados cuyo destino es ser esgrimidos por una Canonesa pueden ser rociados con sangre de la Fuente de los Mártires, la cual se halla dentro del santuario interior que hay en cada Convento, antes de ser colocados entre las criptas de los santos caídos para descansar hasta que seas recogidos por su portador. Por lo general, una Hermana irá en peregrinación al Gran Convento de su Orden para que se le entregue su equipo de guerra y, por medio de rituales sagrados, su alma queda ya ligada a su armamento. A partir de dicho día, Sororitas y arma operan como una sola para vencer a los enemigos de la fe. Esto no siempre es algo posible: si una Hermana necesita rearmarse durante una guerra en curso, generalmente usa el arma de una compañera caída para así seguir luchando. Pero dentro de cada Orden se entiende que usar las armas de otra Hermana es una gran bendición, ya que permite que la guerrera caída siga combatiendo, pese a que su alma haya sido ya reclamada por el Emperador.





CASCO SORORITAS MODELO "SABBAT"

El modelo estándar usado por la mayor parte de las Hermanas desde mediados del 38º Milenio. Este casco incluye un respiradero integral que permite operar a su portadora en el vacío total durante periodos limitados. Su visera le concede un filtro de espectro completo, así como amortiguamiento psico-ocular limitado, posibilitándole luchar cuando un rival peor equipado quedaría insensibilizado por las condiciones adversas del campo de batalla. Hay una variante que tiene una flor de lis colocada en la frente, el símbolo de la Hermandad y honor que se reserva habitualmente para aquellas Sororitas que han actuado con un coraje excepcional. Por tanto, suele verse entre las escuadras Celestes de élite.

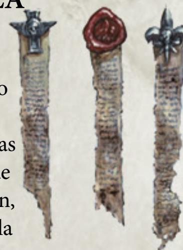
1. SERVOARMADURA SORORITAS

La servoarmadura que utilizan las Hermanas de las Órdenes Militantes se basa en los mismos sistemas arcaicos que usan los Astartes. Si bien es cierto que renuncia a los sistemas auxiliares que requieren de la fisiología genéticamente mejorada de los Marines Espaciales para funcionar, otorga el mismo grado de indomable protección a su usuario. Dominar su uso requiere una amplia experiencia, y por lo tanto las Hermanas de Batalla realizan sus deberes marciales y espirituales yendo totalmente blindadas.

2. TATUAJE DE LA FLOR DE LIS

Muchas Sororitas llevan marcas devocionales como tatuajes, electro-tatuajes y escarificaciones rituales, proclamando su lealtad hacia el Adepta Sororitas, la Eclesiarquía y el Imperio. En las marcas se puede incluir el símbolo de la flor de lis de la Hermandad, variaciones en la iconografía de su Orden o incluso el icono de la Inquisición.

3. SELLOS DE PUREZA



Muchas Hermanas usan sellos de pureza para protegerse aún más de la mancha de lo impuro y lo pecaminoso. Cada sello es una bendición contra las fuerzas del desorden, los embauques de la disformidad y de la mutación, una súplica al Emperador por la liberación del mal.

4. BÓLTER MODELO GODWYN-DYATH

El arma estándar para todas las Hermanas, el bólter clase Godwyn-Dyath se ha mantenido sin cambios durante milenios. Es mucho más que un arma para las Adepta Sororitas; es un símbolo del juicio divino del Emperador, el primero y más importante de la santa trinidad del bólter, el lanzallamas y el rifle de fusión con la que imparten justicia a sus enemigos.

5. CAPÍTULO ECLESIÁSTICO

Cada miembro de la Hermandad porta una cadena de cuentas de adamantio, con uno de los iconos de la Eclesiarquía. Estas cuentas representan aquellos actos de humilde penitencia llevados a cabo por la portadora; para las que ya llevan mucho tiempo en servicio, una sola cuenta puede contar como diez, cien o incluso mil de estos actos.

6. LIBREA

Esta Hermana de Batalla lleva una librea de la Orden de Nuestra Señora Mártir. El color rojo de la tela fue adoptado por la mayoría de preceptoras en recuerdo a las pérdidas de la Orden en Armageddon.

ÓRDENES NO MILITANTES

Las Hijas del Emperador eran más que una comunidad de guerreras, y se dedicaban a una amplia gama de disciplinas mediante las cuales podían servir al Dios Emperador. Muchas de estas disciplinas sobrevivieron a la Era de la Apostasía, y fueron desarrolladas por el Adepta Sororitas a través de categorías especializadas de Órdenes No Militantes.

ÓRDENES DIALOGANTES

Las Hermanas de estas Órdenes Dialogantes prestan servicio como académicas y asesoras. Son unas traductoras expertas de textos tanto humanos como xenos, sagrados y blasfemos, y pasan años aprendiendo los idiomas usados en escritos esotéricos. Una gran parte de su estudio se dedica a cotejar escrituras antiguas que narran las hazañas del Dios Emperador antes de su entierro en el Trono Dorado. Los humanos de muchos mundos redescubiertos en la Gran Cruzada registraron la llegada del Emperador, al igual que aquellas especies de xenos sobre las que hizo llover su furia. Las Hermanas Dialogantes traducen estos relatos de sus idiomas de origen, ya olvidados hace mucho tiempo, al Alto Gótico Imperial, y a través suyo revelan la gloria del Emperador.

También se recurre a ellas habitualmente por su incomparable experiencia criptográfica. Su capacidad para desbloquear cifrados oscuros y encontrar patrones en las vastas remesas de comunicaciones asegura al Adepta Sororitas, así como a la Eclesiarquía en general, el tener acceso a información sobre sus enemigos, ya sea dentro o fuera del Imperio. Las Hermanas Dialogantes también proporcionan muchos servicios a la Inquisición, utilizando sus dotes para interpretar significados heréticos ocultos en discursos y textos que parecen mundanos, y de esa manera llevar a los traidores ocultos ante la justicia.

En una zona de guerra las Dialogantes actúan como unos conductos mediante los cuales las Canonesas de las Órdenes Militantes pueden entonar sus órdenes y oraciones de desafío, asegurando que las formaciones que operan de forma aislada permanezcan comunicadas con su líder espiritual. Grandes contingentes de Órdenes Dialogantes también permanecen en un mundo después de que el enemigo ha sido purgado, ayudando así a otros sirvientes eclesiarcales mientras recorren el planeta en busca de rastros de herejía.

Las Hermanas Dialogantes más importantes mantienen los textos antiguos guardados en la Bóveda de los Orígenes. Solo miembros de un alto rango de la Eclesiarquía tienen acceso a estos archivos sagrados, pues se rumorea que los secretos más profundos acerca de los eventos de la Era de Apostasía y el Reino de Sangre de Vandire están encerrados en ellos.



Ola tras ola de xenos acosaban la Basílica de San Char, pero aun cuando la esperanza se desvaneció, incluso cuando sus bajas siguieron creciendo, la Orden de la Rosa Ensangrentada se mantuvo firme. Con bólter y espada, con fuego y su fe intacta, combatían al enemigo.

ÓRDENES FAMULATAS

Las Órdenes Famulatas forman toda una red de chambelanes, asesores y diplomáticos cuyo deber sagrado es guiar las familias nobles del Imperio en su trabajo por el bien supremo de la Humanidad. Sus Hermanas juegan papeles cruciales en la intermediación de los acuerdos comerciales entre obstinados gobernadores planetarios, forjando alianzas entre poderosas familias plutocráticas y organizando también matrimonios para continuar los linajes de los súbditos que sean más leales y útiles para el Emperador. Cuando un planeta, un sistema o un subsector se enfrenta a alguna hostilidad directa, las Hermanas Famulatas dirigen los esfuerzos de los que están bajo su supervisión, asegurando que una familia noble tenga todo lo necesario para luchar y morir con eficacia por el Imperio.

Paralelamente a sus deberes diplomáticos, las Órdenes Famulatas también proporcionan a la Eclesiarquía unos ojos vigilantes en todo el Imperio. La presencia de estas Hermanas en los niveles superiores de la sociedad les deja que observen desde muy cerca los tratos de las personas más influyentes, que van desde los burócratas designados y tiranos con mano dura hasta los Comerciantes Independientes y dignatarios de la Navis Nobilite. Si de algún modo las actividades de estas personas con poder van en contra los dictados del Adeptus Ministorum, el informe de la Hermana a sus superiores puede ocasionar estrictas medidas. Los confesores pueden ser enviados con el fin de arrancar admisiones de herejía y, en casos extremos, se alerta a las Órdenes Militantes sobre traición generalizada. Familias que han ocupado altos cargos durante generaciones han sido erradicadas totalmente, sus criptas incineradas y sus nombres borrados de todos los registros por la palabra de una Hermana Famulata. Pastorear a la clase noble de esta manera es crucial para preservar la santidad del Imperio, y los que procuran esconderse de la mirada de estas Órdenes Famulatas son vistos como oponentes del Credo Imperial.

En el transcurso de sus deberes, las Hermanas Famulatas con frecuencia hablan de cómo el Emperador manifiesta su voluntad a través de sus súbditos, señalando los milagros llevados a cabo por los muchos santos que hay en todo el Imperio como evidencia. Puesto que estas Órdenes Famulatas cuentan con acceso a los registros genealógicos de los casi incontables millones de ciudadanos Imperiales, y ya que fomentan activamente uniones diplomáticas y familiares entre los miembros más fieles de la sociedad Imperial, no es de extrañar que su mano normalmente se vea trabajando antes, durante y después de una manifestación de la Gracia del Emperador.

ÓRDENES HOSPITALARIAS

Con excepción de los Capítulos del Adeptus Astartes, las Órdenes Hospitalarias proveen con cirujanos, médicos y enfermeras a todas las ramas del ejército. Las Hermanas de estas Órdenes exhiben su fe operando en las duras condiciones del campo de batalla, serrando y cauterizando aquellas extremidades que han sido destrozadas por explosiones de energía disforme, y extrayendo municiones vivas de las tripas de gritones soldados. Realizan estos actos con aire de solemnidad y compasión, a menudo siendo consideradas figuras santas por aquellos combatientes a su cuidado; de hecho, muchas Hermanas Hospitalarias son canonizadas como Santas a título póstumo por sus milagrosas habilidades.

Las Hermanas Hospitalarias pueden hallarse acompañando a muchas ramas de las fuerzas armadas del Imperio, desde regimientos del Astra Militarum hasta ejércitos personales de los Inquisidores, además de servir junto a las Sororitas de las Órdenes Militantes. Ellas son reconocidas por sus habilidades tanto dentro como fuera del campo de batalla, y a menudo son desplegadas en zonas de guerra donde se utilizan nuevas y grotescas armas contra los guerreros del Imperio. Los santuarios de las Órdenes Hospitalarias albergan unas masivas bibliotecas que detallan las herramientas de muerte más esotéricas que la Humanidad ha encontrado, junto con extensos diarios de las Sororitas que pasaron sus vidas investigando el cómo mejorar sus ya devastadores efectos. Algunas Órdenes trabajan junto con el Ordo Sepulturum en el estudio de ataques de plaga, ya sean estos de origen biológico, tecnológico o demoníaco, mientras que otras se esfuerzan para desarrollar protecciones contra ataques psíquicos. Incluso es sabido que las Órdenes Hospitalarias colaboran estrechamente con las Órdenes Famulatas, mapeando linajes y genealogías para frenar la propagación de la mutación, combatiendo la amenaza que toda evolución aberrante supone para el Imperio.

Del mismo modo que estudian los efectos de las armas enemigas en los soldados humanos, las Órdenes Hospitalarias también se dedican a comprender la fisiología de sus adversarios. Allá donde se encuentran especies de xenos previamente desconocidas, estas Hermanas Hospitalarias trabajan incansablemente para localizar puntos débiles en sus biologías. Los Confesores Eclesiarcales también confían en su experiencia médica para preservar la vida de los que están bajo sospecha de herejía. No resulta raro que una Hermana Hospitalaria deba volver a colocar extremidades o suture heridas mortales repetidas veces antes de que el Confesor consiga extraerle la verdad a un presunto hereje.

OTRAS ÓRDENES NO MILITANTES

Hay muchas otras clases de Órdenes, las cuales brindan servicios auxiliares dentro del Adepta Sororitas, así como para la Eclesiarquía y para el Imperio. En algunos casos, a una sola Orden se le asigna una tarea especialmente enfocada y dada a su propia designación, como el caso de la Orden Fenestrus que mantiene iluminados los paneles de armaglass de los santuarios y las catedrales Imperiales más sagradas. Otros tipos de Órdenes llevan a cabo deberes sagrados que les dan una gran influencia dentro del dominio del Dios Emperador.

Las Órdenes Sabine operan en los bordes del espacio Imperial, siguiendo al Missionarius Galaxia hasta aquellos mundos con población humana recientemente descubiertos. Estas se especializan en infiltrarse dentro de aquellas sociedades regresivas y primitivas que se cree que se opondrían a la llegada del Imperio. Las Hermanas Sabine se erigieron como profetas del Emperador, predicando el Credo Imperial en secreto o fomentando la revuelta contra los líderes religiosos de un planeta. Una vez que el Missionarius Galaxia aparece y anuncia su presencia a los pueblos de tales mundos, las Hermanas Sabine ya han profetizado dicho evento, y guían a los nativos que simpatizan con el Credo Imperial hacia un repentino y mortal golpe contra sus líderes. Una Sabine con frecuencia se separa del Imperio durante muchos años, volviendo a Terra u Ofelia VII tan solo una vez en su vida.

Las Órdenes Pronatus están especializadas en recuperar, proteger, estudiar y hasta reparar artefactos de valor para la Eclesiarquía. Esto incluye las innumerables miles de reliquias sagradas veneradas por los pueblos que hay en el Imperio, así como también elementos capturados por las fuerzas Imperiales que se consideran excesivamente poderosos o bien demasiado significativos como para permitir que caigan en manos de algún enemigo. Las Hermanas de la Orden Pronatus cargan con la responsabilidad del mantenimiento y hasta la bendición de los numerosos estandartes y símbolos de las Órdenes Militantes, e incluso se les ha llegado a solicitar que consagren de nuevo la librea de otros cuerpos Imperiales. Fueron miembros de las Órdenes Pronatus quienes repararon el estandarte del Capítulo de los Marines Espaciales Lamentadores tras su gran participación en la Guerra de Badab, habiendo restaurado también muchos de los estandartes de tropa del regimiento de Cadia que fueron recuperados tras la Decimotercera Cruzada Negra, limpiando todas y cada una de sus fibras con aceites sagrados, y grabando los nombres de los mártires en hilo dorado a modo de respeto y recuerdo.

GUERRAS DE FE

Las historias, tradiciones y escrituras del Adepta Sororitas se remontan a los días en que el Dios Emperador se hizo con las estrellas. Los relatos de piedad y herejía, muy anteriores a la fundación de la Hermandad, sirven como parábolas que guían a las Sororitas en sus Guerras de Fe, despertando las historias de Matriarcas y Santos la apasionada ira de las Hermanas.

M30-M31 LA ERA DEL DIOS EMPERADOR

El Fin de la Lucha

El Emperador une a las facciones que están en guerra dentro de Terra, poniendo así al Sistema Solar bajo su singular gobierno.

La Gran Cruzada

El Emperador abandona Terra para reunir a los cientos de miles de mundos humanos esparcidos por la galaxia. Con las Legiones y el creciente Ejército Imperial a su lado, y todos provistos del equipo militar proveído por los Tecnosacerdotes de Marte, la Gran Cruzada aplasta toda resistencia a su paso y devuelve innumerables mundos al redil de la Humanidad.

La Recuperación de Ophelia VII

Durante la Gran Cruzada, el propio Dios Emperador dirige toda una carga de cien Custodios y diez mil Puños Imperiales en contra de los muy obstinados habitantes de Orphelia VII. Después de esta matanza, el mundo es visto como un lugar sagrado por el creciente número de personas que reverencian en secreto al Emperador de la Humanidad como a un dios.

La Herejía de Horus

Horus, Señor de la Guerra del Emperador, cae en la tentación de los Dioses del Caos, arrastrando la mitad de las Legiones de los Marines Espaciales a la herejía junto con él. La guerra librada deja un Imperio sacudido por la anarquía y ahogado en sangre, cuya culminación es el brutal asedio a Terra. En un desafiante contraataque, el Emperador mata al Señor de la Guerra, pero él mismo recibe un golpe fatal. Los traidores huyen al Ojo del Terror, y con el fin de preservar su vida, se entierra al Emperador en el Trono Dorado.

M31-M36 LA ERA DEL LUTO

Establecimiento del Credo Imperial

Conforme la creencia sobre la divinidad del Emperador se generaliza, estallan guerras entre los diversos cultos de la fe. El Templo del Emperador Salvador emerge en última instancia como la única religión verdadera de la Humanidad. Su líder está consagrado como uno de los Altos Señores de Terra, y fueron declarados como heréticos todos los demás cultos. Se emplean violentas purgas para erradicar todas las religiones desviadas, con notables excepciones para los Capítulos seculares de Marines Espaciales, así como el Culto Mechanicus, que adora al Omnissiah.

Camino a la Condenación

Tras una serie de incautos e incompetentes eclesiarcas, el Ministorum ve cómo mengua su poder. En buena parte su autoridad está cedida a la burocracia del Administratum, y aunque el Credo Imperial aún se administra mediante el sacerdocio la ley del Ministorum es escrita y reescrita por un sinfín de comités de clérigos del Administratum. El Eclesiarca Benedin IV intenta recuperar la autoridad sobre la fe moviendo el Sínodo Sagrado de Terra a Ophelia VII, sitio donde es posible operar con clara e indiscutible autonomía. Este hecho, junto a unos diezmos cada vez más castigadores, lleva al resurgimiento de la autoridad del Ministorum. Los Cardenales de diócesis vecinas compiten para construir los monumentos más grandiosos y poder imponerse como fuertes líderes de la fe. La vasta Frateris Militia fue fundada para servir como ejércitos del sacerdocio, separados de cualquier supervisión del Administratum. El Santo Sínodo al final regresa a Terra bajo el reinado del Eclesiarca Greigor XI, aunque ahora con una posición de mayor poder.

La Leyenda de Santa Sabbat

Una vasta región del espacio en el borde del Segmentum Pacificus se libera de las garras de los Poderes Ruinosos. Quien lidera a las fuerzas Imperiales es una misteriosa figura conocida como Santa Sabbat, y tales son sus actos que los planetas emancipados por ella se renombran en su honor, convirtiéndose así en los Mundos de Sabbat. Aunque pocos registros de la santa sobreviven a través de las diversas guerras, los escribas Imperiales finalmente la vinculan con la secta guerrera conocida como las Hijas del Emperador.

Descenso a la Anarquía

Las demandas de diezmos de la Eclesiarquía aumentan de modo exponencial, llevando al límite los recursos de muchos mundos. Esto ocasiona una extrema hambruna y pobreza en grandes extensiones del Imperio. Lo que comienza como focos aislados de disturbios civiles se convierte en unas masivas revueltas contra el Ministorum. Bajo las órdenes del Eclesiarca Alexis XXI, agentes del Oficio Assassinorum se usan para silenciar a los desafiantes gobernadores planetarios que renuncian a la protección del Emperador, mientras que las Fratrías Templarias van aplastando cualquier levantamiento. Pero estas sangrientas masacres coinciden con un dramático aumento de las tormentas disformes en todo el Imperio, hecho que vuelve todavía más peligrosos los viajes y la comunicación entre sistemas distantes. La Eclesiarquía emplea torturas públicas y horribles ejecuciones para disuadir a toda oposición. Atraídos por tal confusión, del Ojo del Terror brotan asaltantes del Caos, flotas xenos cruzan las fronteras Imperiales y cultos de mutantes surgen en los mundos aislados. Fanáticos denuncian la avaricia y excesos de la Eclesiarquía, diciendo que el Emperador les llevó a una época donde es difícil separar a los fieles de los herejes.



M36 LA ERA DE LA APOSTASÍA

El Ascenso de Vandire

Goge Vandire es primordial en la elección del innegablemente inepto Eclesiarca Paulis III. Poco después, Goge Vandire le depone y ejecuta por traición, asumiendo luego el manto de Eclesiarca.

Reinado de Sangre

En el transcurso de su reinado, la locura de Vandire se vuelve cada vez más imposible de negar. Su depravado deleite a la hora de torturar disidentes y opositores políticos, y sus violentos cambios de humor provocan varios Exterminatus en mundos Imperiales densamente poblados, en los cuales y según él, lo han despreciado de alguna manera. Su

poder e influencia son tales que cada sector del Imperio se ve afectado por su tiranía, y debido a su insistencia de que cada palabra suya quede grabada para la posteridad, sus atrocidades se registran meticulosamente y con ellas sus locos desvaríos.

Descubrimiento de las Hijas del Emperador

Vandire viaja a San Leor, donde convence a la secta marcial conocida como las Hijas del Emperador de que él es el divino embajador de la voluntad del Dios Emperador.

El Puño del Eclesiarca

Las Hijas del Emperador son posicionadas como guardaespaldas de Goge Vandire. En este papel, proporcionan al Eclesiarca una fuerza militar de élite de una incuestionable lealtad. Frustran varios intentos de algunos Altos Señores a fin de socavar su autoridad, buscando y eliminando ejércitos privados que habían sido reclutados en secreto por los muchos enemigos de Goge Vandire. En ocasiones, contingentes de guardaespaldas se envían a mundos donde una resistencia particularmente intratable había frenado a otras fuerzas del Ministorum. Es en dichos planetas donde se observa por primera vez la perspicacia táctica y mortal habilidad que ostenta la secta guerrera.

La Muerte del Tirano

Una alianza de fuerzas Imperiales lideradas por Sebastian Thor asedian el planeta Terra en un intento por poner fin al reinado del Eclesiarca Goge Vandire. Después de haber convencido a grandes sectores del Imperio de que el Alto Señor es un traidor a la raza humana, Thor reúne así una abrumadora cantidad de tropas, incluidos contingentes del Adeptus Mechanicus y varios Capítulos de Marines Espaciales. No obstante es Alicia Dominica, la más confiable guardaespaldas del Eclesiarca, quien le da el golpe mortal a Vandire.

Reforma

Sebastián Thor es elegido como Eclesiarca. Según el Decreto Pasivo, todos los ejércitos permanentes del Ministorum se disuelven, con excepción de las Hijas del Emperador, quienes pasan a ser oficialmente las Adepta Sororitas.

Plaga del Descreimiento

Bucharis, cardenal del planeta Gathalamor, se declara como el verdadero portavoz del Dios Emperador. Sus heréticas afirmaciones extendieron dudas en subsectores distantes, y la Guerra de Fe declarada en su contra es una de las primeras en las que las Hermanas del Adepta Sororitas se despliegan en masa. Tal es la furia que desatan los guerreros del Ministorum contra Bucharis que el posible usurpador es finalmente asesinado por sus propios seguidores.

M36-M41 LA ERA DE LOS SANTOS

Fundación de las Órdenes Militantes

Durante el mandato del Eclesiarca Alexis XXII se crean las primeras cuatro Órdenes Militantes. La del Cáliz de Ébano junto con el Sudario de Plata se separan del Convento Prioris, mientras que el Corazón Ardiente y el Corazón Valeroso se forman a partir del Convento Sanctorum.

Martirio de las Matriarcas

Tras años de batallas, sufrimiento y actos heroicos desinteresados, las seis Matriarcas de las Adepta Sororitas son convertidas en mártires. Cada una de ellas es una santa, ya sea durante su vida o bien a título póstumo, y sus nombres se adoptan rápidamente en las oraciones de los fieles en todo el Imperio.

El Enemigo Interior

La Orden de Nuestra Señora Mártir entra en el Scriptorum de Saint Garrat, arrastrando a cientos de los escribas chillones del Adeptus Terra a las cámaras de tortura, y quemando la estructura hasta sus cimientos. Las quejas formales del Administratum son silenciadas cuando se descubre que los restos de dichos escribas tienen grotescas mutaciones ocultas en la profundidad de sus carnes.

Expansion de las Órdenes Militantes

Bajo el reinado del Eclesiarca Deacis VI, se fundan dos Órdenes Militantes más: la Rosa Ensangrentada y la Rosa Sagrada. Muchas más Órdenes Menores se crean en los siglos siguientes.

Fuegos de Fe

Un enjambre de piedroz Orkos cae sobre el abrasado mundo Typhas I, donde la Orden de la Rosa Sagrada tiene un refugio aislado en un santuario. Los pielesverdes abruman enseguida a los defensores del planeta, pero una veintena de Hermanas de Batalla logran encerrarse en las criptas del santuario. Sus oraciones al Emperador parecen ser oídas cuando una gran llamarada solar envuelve Typhas I. Cada Orko termina incinerado, mientras que las sepultadas Hermanas de Batalla permanecen ilesas.

Destrucción de Chandry

Cinco Comendadorías de la Orden Nuestra Señora Mártir se proponen purgar los cultos heréticos surgidos en el mundo minero de Chandry. Pero las Sororitas nunca llegan a su destino, dando lugar a la creencia de que el Emperador ha negado a los habitantes del planeta la misericordia de una purificación. Posteriormente, se ordena y lleva a cabo un Exterminatus.

Hieromártir de la Cruzada Palatina

Una hermana Repentia conocida solo por el nombre de Celestine, cae en batalla después de acabar con más de cien herejes. Aunque se la considera muerta, se despierta con una chispa divina en los ojos, y se convierte en una poderosa líder para la Cruzada Palatina.

La Masacre de San Leor

Una fuerza de ataque de los Corsarios Rojos invade San Leor, el mundo natal original de las Hijas del Emperador. Estos Marines del Caos no están preparados para la represalia furiosa del Adepta Sororitas, pues les atacan nueve Órdenes Militantes distintas y acaban siendo completamente aniquilados por este contraataque combinado.

La Ascension de Celestine

Celestine lidera un contingente eclesiarcal para matar al Señor de la Guerra de Forrax. Habiendo hecho retroceder a los ejércitos del traidor en cada frente, las fuerzas de la Hermana Celestine son destruidas por una conflagración que abarca todo el continente: el maníaco comandante desencadenó una fusión de la pila atómica en el corazón de su fortaleza, asegurando la destrucción mutua de sus enemigos y sus propias tropas. Todos los guerreros Eclesiarcales, junto a Celestine, figuran como mártires. Pero en las décadas siguientes las Hermanas de todo el Imperio cuentan que Celestine se les aparece en sus sueños, y en más de una ocasión se registra su presencia en batalla, envuelta en una luz dorada.

La Guerra por Piedad

El Mundo Santuario Piedad vuelve al plano real después de que fuese engullido por una tormenta disforme dos siglos antes. Este ya es casi irreconocible, habiéndose convertido en un horrendo mundo demoníaco. Sariah, la Canonesa de la Orden de la Rosa Sagrada, dirige inmediatamente una fuerza al planeta para recuperar artefactos del Relicario de la Esperanza, uno de los pocos lugares que ha resistido la corrupción. Mientras el resto de sus fuerzas establecen un perímetro en torno al fortificado complejo del relicario, Sariah conduce a varias escuadras a los laberínticos corredores de debajo. Durante tres días, ella y sus Hermanas luchan atravesando pasillos infestados por unas entidades de pesadilla; los bólteres derriban a decenas de babeantes perros demoníacos, y con los incineradores queman a puñados de bestias hinchadas y

pestilentes. Tan solo Sariah y dos Celestiales sobreviven para reunirse con las Hermanas del exterior, habiendo recuperado el hueso del muslo izquierdo de Saint Dolan junto a tres páginas del Léxico de las falsedades de una bóveda de estasis. Las Sororitas que han logrado sobrevivir se retiran a la órbita con sus premios, justo antes de que una flota de naves de los Caballeros Grises aparezca y destruya el planeta con torpedos ciclónicos.

La Defensa de Dimmamar
Dimmamar, el mundo natal de Sebastian Thor, es atacado por los Aeldari del mundo Astronave Ulthwé sin previo aviso ni razón aparente. La Superiora Serafín Amelda de la Orden de la Rosa Ensangrentada toma pues represalias, liderando a su escuadra Serafín en un atrevido ataque con el fin de asesinar a su comandante, el Vidente Kauerith. Las pistolas de las Serafines abren un sangriento camino a través de una veintena de Aeldari vestidos de negro, antes de verse envueltos en un huracán de rayos psíquicos. Aunque muchas de sus compañeras caen Amelda se niega a ceder, y avanza desafiante a través de la antinatural tormenta, matando a Kauerith con un solo disparo en la cabeza.

Guardianas de la Fe
Las Dialogantes de la Orden Léxica acuden al mundo refinería de Vangore's Folly para estudiar un alijo de textos antiguos hallados en lo profundo de la superficie del planeta. Mientras las Hermanas dedican tiempo a su investigación, los barones del promethium de Vangorian empiezan a especular con que estos textos pueden constituir un relato del Emperador escrito durante la Gran Cruzada. Tras una década, las Dialogantes informan de sus hallazgos a la Eclesiarquía. Pasado el tiempo, un preceptor de la Orden del Cáliz de Ébano llega a Vangore's Folly con orden de destruir los cuatro puertos espaciales del planeta. A través de megáfonos orbitales de macro-alabanzas, la Canonesa Intolerance recita una efímera oración por los barones del prometio y sus siervos. Luego se lleva a cabo un Exterminatus liberando patógenos de autocombustión en la atmósfera.

La Matanza de Santuario 101
El Santuario 101, una aislada fortaleza de las Sororitas que se encuentra en el sector Vidar dentro del Borde Oriental, es destruido por los Necrones. No sobrevive ninguna de las Hermanas en su interior.

La Guerra de Prometeo
La orden del Cáliz de Ébano refuerza a los Marines Espaciales de los Salamandras que luchan en una brutal guerra urbana contra la temible Legión Negra en Heletine. Estos enemigos son abrasados cuando docenas de Immolators y Land Raider Redentores abren un camino atravesando ciudades devastadas por la guerra. Pese a su gran poder el avance es detenido cuando Lord Gralastyx, Príncipe Demonio que dirige a estas fuerzas del Caos, desata toda una legión de Marines Espaciales poseídos. Mientras la frenética horda caótica se abre paso por entre las filas Imperiales, las Sororitas y los Marines pelean espalda contra espalda disparando los bólteres y lanzallamas mientras cada guerrero intenta vender cara su vida. Sin embargo, las fuerzas aliadas son salvadas cuando aparece la Santa Celestine, cayendo sobre las hordas del Caos como un ángel vengador. La Santa abre un camino a través de la horda hacia Gralastyx, antes de clavarle la espada en el corazón. Muerto el Príncipe Demonio, la horda del Caos acaba destruida, pero de Celestine no queda rastro, ya que desaparece de forma tan misteriosa como apareció.



El Martirio de Praxedes
Praxedes, Canonesa de la Orden de Nuestra Señora Mártir, refuerza al Astra Militarum en el mundo cardinal de Okassis, al poco de que comience la Segunda Guerra Tiránida. Mientras los Tiránidos de la Flota Enjambre Kraken asaltan la Catedral de la Eclesiarquía, el fuego unido de escuadras de Vengadoras y tanques Exorcistas destruyen a la primera oleada, aunque la segunda logra romper las paredes. Mientras los xenos se abren paso, Praxedes pelea con un Tirano de Enjambre. Durante el combate la Canonesa recibe una herida mortal, pero a pesar de que su sangre la abandona, reúne la fuerza necesaria para asestar un golpe final, hundiendo el cráneo de la bestia con un golpe atronador. Con la destrucción del Tiránido el enjambre queda sin dirección alguna. Enseguida las Sororitas presionan el asalto, muy decididas a vengar la muerte de su amada líder. Los alienígenas restantes son barridos, ganando tiempo para evacuar a los sacerdotes de la Eclesiarquía.

La Caída de Cadia
La 13ª Cruzada Negra de Abaddon cae sobre Cadia. Tropas de todo el Imperio combaten para hacer retroceder la invasión del Caos, y aunque luchan con amarga determinación, resultan abrumadas por los vastos ejércitos del Saqueador. En la oscuridad de esta zona de guerra aparece Santa Celestine, trayendo junto a ella a las cinco Comendadorías de la Orden Nuestra Señora Mártir, que acabaron perdidas en la disformidad yendo de camino a Chandry hace catorce siglos. Este refuerzo les otorga la potencia de fuego y la esperanza que necesitan. Antes de que Cadia termine finalmente consumida por las energías del Caos, Celestine hace pagar un gran precio a los ejércitos de Abaddon.

M41 LA ERA DE LOS JUICIOS

Estigmas Imperiales
Las furiosas tormentas disformes atraviesan el centro de la galaxia y se unen para formar la Cicatrix Maledictum. Incontables rutas de comunicación y viaje interestelar terminan destruidas, lo que hace que el Santo Sínodo no pueda difundir la interpretación correcta de los horrores que amenazan a los fieles del Credo Imperial. Aparecen muchas creencias divergentes en los mundos aislados. Algunos sostienen que la Gran Fisura es una señal de que el Emperador ha sido del todo vencido, mientras que otros afirman ver visiones de santos en las enfermizas auroras disformes. Las Adepta Sororitas explican que la Cicatrix Maledictum es el resultado de la infidelidad desenfrenada, y se apresuran en silenciar a los que tienen interpretaciones contrarias.

La Cruzada de Celestine
Acompañada por varios agentes Imperiales y xenos, Celestine viaja a Macragge situado en el corazón de Ultramar, allí donde Roboute Guilliman se despierta de la estasis. Después Celestine acompaña al Primarca en su larga y peligrosa cruzada con destino a Terra. A lo largo de su viaje, los miembros de la cruzada son acosados por los siervos del Caos, entre ellos el furioso Devorador de Almas llamado Skarbrand y el Príncipe Demonio de los Mil Hijos Magnus el Rojo. Las fuerzas Imperiales eventualmente llegan a Terra, y mientras que Guilliman busca audiencia con el Emperador Celestine se marcha para poder difundir sus bendiciones en otros lugares.

La Cruzada Indomitus
Roboute Guilliman, quien ha sido nombrado recientemente Lord Comandante de todo el Imperio, dispone la Cruzada Indomitus para salvar la Humanidad de la total aniquilación. Por medio de esta gran campaña, apoya a los Capítulos del Adeptus Astartes que están en

batalla, reforzándolos mediante los nuevos Marines Espaciales Primaris. La Orden del Cáliz de Ébano resulta fundamental en las maniobras de apertura de la Cruzada, pues lucha junto a las fuerzas de Guilliman para salvar a aquellos planetas en el Segmentum Solar que son más vitales estratégicamente. Otras Órdenes prestan su poder en muchos de los múltiples frentes de la cruzada. Es en este terrible tiempo cuando Junith Eruita se eleva al rango de Canonesa Superior de la Orden de Nuestra Señora Mártir, habiendo probado en innumerables batallas ser una líder firme y ardiente.

La Mayor Fe
En varios mundos de la Extensión Chalnath, el Credo Imperial se ve reemplazado por las aberrantes filosofías que propaga el Imperio T'au. Las Hermanas de la Orden de la Rosa Sagrada responden a esta grave crisis de fe, salvando a quienes han permanecido fieles al Emperador y purgando a los que han sido llevados a la condenación. Los guerreros de la Casta del Fuego T'au oponen formidable resistencia a las Sororitas, pero la verdadera amenaza proviene de los Etéreos, pues con falsas predicaciones reclaman innumerables almas humanas.

Exorcismo de los Infectados
A medida que la 3ª Compañía de Plaga de la Guardia de la Muerte avanza por la periferia de la Gran Fisura, sistemas enteros a su paso son consumidos por la enfermedad llamada Hinchazón Refulgente. La infección empezó a extenderse a través del Sistema Yanthimar, transformando en hinchados Portadores de Plaga a los nativos de sus veintiséis planetas. Los pocos supervivientes se congregan en la luna de Yanthilmar XV. Sus oraciones por una salvación parecen obtener respuesta al surgir de improviso una Preceptoría de las Hermanas del Sudario de Plata del Empíreo. Sus esperanzas se vuelven amargas cuando ven que hay menos de mil Hermanas, y se enfrentan a mundos llenos de los rebeldes contaminados por Nurgle. Las Sororitas no prestan atención a los desesperados gritos, sino que excavan en un templo abandonado hace mucho tiempo enterrado bajo el hielo del polo sur de la luna. Al llegar a la aguja en forma de antena del templo, las Hermanas entran al santuario interior para participar en una silenciosa oración. Pasados tres días, un pulso de luz plateada brota de la antena, iluminando todos los planetas en el sistema Yanthilmar. Sin decir palabra, las Sororitas salen de la luna y viajan por cada uno de los mundos. Cuando los supervivientes de esta luna finalmente siguen a las Hermanas, solo encuentran pura devastación. Cada planeta, en lugar de Portadores de Plaga, ahora está lleno de destrozados cadáveres sin signos de las degradaciones de Nurgle.

La Antorcha Eterna
Los huesos de San Yimeng, un Hospitalario mártir miembro de la Orden de la Antorcha, desaparecen de la cripta debajo del Convento Prioris. Más tarde, piezas de estos huesos se encuentran en muchos mundos del Imperio. No son pocos los que afirman que la locura propagada por la Gran Fisura se desvanece en presencia de los restos del santo.

Resurrección Indeseada
En plena oscuridad del Imperium Nihilus, la Orden del Corazón Valeroso logra establecer un bastión en el Sistema Vesmir. Las fuerzas Imperiales cercanas acuden en masa a dicho santuario, altamente fortificado e instalado en la ciudad colmena orbital sobre Vesmir II. Allí combinan fuerzas para luchar contra los Astartes Heréticos y los Demonios del Caos. Ascensores orbitales que se adentran por la superficie del planeta hasta llegar a las minas envueltas en gas proporcionan un constante flujo de las materias primas, mientras que los manufactorums de la colmena implementan agotadores turnos para así garantizar que las tropas de las Sororitas y el Astra Militarum estén provistas de las herramientas de guerra necesarias. Las Hermanas junto a sus aliados logran defender con éxito la colmena de dos asaltos del Caos, pero conforme los herejes se preparan para un tercer asedio, los pozos mineros dejan de funcionar repentinamente. Las lecturas de energía masiva muestran que alguna fuerza sobrenatural se ha despertado debajo de las tóxicas nubes de Vesmir II. La Canonesa Jocindyr reconoce la amenaza, e informa a sus Hermanas de que el planeta en el que están es un mundo tumba Necrón que acaba de despertar. Su evaluación táctica es que la ciudad colmena es incapaz de resistir contra los Astartes Heréticos sin suministros. Sin embargo, ambos enemigos podrían ser derrotados si se enfrentasen entre ellos. Las Hermanas se preparan para descender hasta la superficie y atraer al ejército Necrón recién despertado. Antes de partir, Jocindyr emite una orden permanente al Astra Militarum: defender la colmena orbital sin importar el coste, hasta que ella regrese.

Los Santos Humildes
La Legión Alfa promulga un ritual fúnebre en el mundo agrícola de Nolth Prime. Las Hermanas de Nuestra Señora Mártir luchan junto con el Capítulo de Marines Espaciales de los Manos de Hierro para aniquilar a los herejes, aunque no evitan que el planeta se sature con la energía del Caos. No obstante, en medio de esta catástrofe aparece un rayo de esperanza. La voluntad del Emperador se manifiesta por medio de los habitantes fieles del planeta, muchos de los cuales adquieren la capacidad de lanzar llamas sagradas desde sus cuerpos.

El Sendero de la Justicia
El Misionero de la Eclesiarquía Dalomat de Montbard logra reunir un enorme cónclave de piadosos guerreros y declara una Guerra de Fe. Conduce la campaña por un camino de justa destrucción que lleva directamente a la Cicatrix Maledictum. Nada más se sabe del ferviente Misionero, ni tampoco de sus fieles soldados, hasta que pasa una década, cuando un féretro que contiene su cuerpo emerge de una tormenta de disformidad en el lejano oeste galáctico. Junto a los restos de Dalomat hay un diario que contiene relatos de batallas que abarcan cientos de años.



Los Campos de Trilla
Camino de Ultramar, una flota de Sororitas que comprende múltiples Preceptorías de la Rosa Ensangrentada se detiene en el único planeta del Sistema Thresh. El alto se debe a la visión divina que ha recibido la Hermana Assumpta, Hermana que aún no ha visto el combate. Sus compañeras se preparan para la guerra en un mundo desprovisto de vida, y mantienen sus posiciones durante un día mientras las Canonesas de cada Preceptoría rezan pidiendo guía. Su sagrado deber queda claro cuando una rama de la Flota Enjambre Tiránida Ouroboros entra en el sistema. Los xenos se centran en la posición que ocupa la Rosa Ensangrentada descendiendo sobre el planeta en inmensas oleadas. Enjambres de veloces depredadores terminan masacrados por las Hermanas, escuadras de las Sororitas son devoradas por voraces monstruos, y en poco tiempo el árido mundo está empapado en sangre e icor. Sabiendo que los Tiránidos se alimentan de biomasa, los guerreros de la Rosa Ensangrentada se aseguran de que cada cadáver, humano o xenos, quede reducido a cenizas. Después de seis meses, la afluencia de Tiránidos en el sistema cesa, y tras otros seis meses la última criatura xenos por fin es exterminada. La Hermana Assumpta fue la única Sororitas que sobrevivió.

CANONESAS

Las Canonesas son las comandantes marciales y espirituales de las Órdenes Militantes. Cada una representa un brillante ejemplo de pureza y dedicación a la causa, una veterana guerrera de cientos de batallas y ejecutora de infieles en numerosas zonas de guerra. Pero es necesario algo más que mera habilidad en combate para lograr conseguir esa posición de mando en el Adepta Sororitas. Para ser una Canonesa hace falta la combinación de fuerte liderazgo, genio táctico y una fe absoluta en el Emperador. Ella es la luz que guía a las Hermanas de Batalla de su Orden, tanto dentro como fuera del campo de batalla, un modelo de virtud e ira sagrada que se niega a dar un paso atrás mientras sus enemigos aún respiren.

Existen varios rangos de Canonesas dentro de una Orden Militante. Aquellas que supervisan una Orden son conocidas como las Canonesas Superioras, aunque a veces estas son llamadas por otro título, como Mater Canonesas o bien Superioras. Por debajo de ellas hay otros tipos de Canonesas subordinadas, que se encargan de supervisar las divisiones de la Orden. Una Canonesa Preceptora lidera una Preceptoría, mientras que una Comendadora está al frente de una Comendadoría. Estas Canonesas con un menor rango se ocupan del entrenamiento espiritual y físico de las demás Hermanas que haya en su santuario, liderando simulacros de combate, oraciones y rituales, además de que también comandan a sus guerreras en batalla.

Cada Canonesa en una Orden es parte de una cadena de mando. El Eclesiarca encabeza esta jerarquía militar, y es responsable de declarar todas las Guerras de Fe. Del mismo modo, es competencia de la Canonesa Superiora de una Orden dirigir a sus Canonesas subordinadas. Pero las vastas distancias interestelares sobre las que operan estas Órdenes provocan que la adhesión estricta a su estructura formal acabe siendo impracticable. Las tropas que se envían pueden tardar décadas o hasta siglos en llegar hasta su destino, si es que lo logran, de modo que cada Canonesa a menudo debe confiar en su propio juicio para llevar a cabo la voluntad del Emperador. Cada santuario recibe cientos de llamadas de socorro a diario: comandantes que se encuentran en zonas de guerra solicitan desesperadamente refuerzos, los gobernadores planetarios que sufren de brotes mutagénicos entre su población claman por la purificación, y figuras de la nobleza que buscan acusaciones de herejía con el fin de adquirir ventaja sobre sus oponentes políticos. Cada reclamo podría ser catastrófico si no se controlase, pero solo una pequeña fracción puede ser respondida. Se precisan largas horas estudiando los datos tácticos y en oración meditativa para que una Canonesa pueda determinar el recto camino que debe seguir. Cuando ha percibido la santa verdad de lo que tiene que hacer, la Canonesa actuará con una inquebrantable convicción, llevando a la lucha a todas las Hermanas bajo su mando sin dudarlo ni vacilar.

ROSARIUS

Un rosarius contiene un generador de campo de transformación, que a través de amplificar la voluntad espiritual del portador genera físicamente un escudo de energía. Cada uno es una preciada reliquia de la tecnología Imperial, solo otorgada a quienes demostraron tener una alma digna. En el Adepta Sororitas un rosarius tiene la importancia de ser un símbolo del pacto entre las Hijas del Emperador y el herético Goge Vandire. Fue gracias al rosarius de Vandire que las Hijas fueron influenciadas hacia su causa, aunque el mismo rosarius le falló cuando fue revelado como un traidor. El peso del rosarius colgando del cuello de una Canonesa supone un constante recordatorio de que la incuestionable y verdadera fe requiere eterna vigilancia contra los infieles.

JUNITH ERUITA

CORAZÓN VALEROSO, CANONESA SUPERIORA DE LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA MÁRTIR

Junith Eruita se lanza a la batalla envuelta en fuego sagrado y sosteniendo en alto la Maza del Castigo. Montando sobre el Púlpito de la Basílica de Saint Holline, cruza el campo de batalla sobre unas vibrantes olas de energía sagrada. Los lanzallamas pesados del púlpito giran aparentemente por propia voluntad, y buscan heréticos e infieles inmolándolos sin piedad. Conforme las piras arden más y más alto, la voz de la Canonesa Superiora resuena por encima de su furioso crepitar, y cada una de las palabras es tan aguda y clara como las campanas de Orphelia VII. No importa cuán superados en número, cuán abatidos y cuán ensangrentados puedan estar, cada verdadero creyente Imperial que escucha estas palabras siente como el fuego de la fe se enciende otra vez en su pecho. Vuelven a la lucha con una oración en los labios y con justo odio en sus ojos. Este es el mayor regalo de Eruita y del Emperador, una eterna llama de absoluta fe que salta a todos los que la rodean, igual que si sus almas fueran yesca seca y sus palabras una marca al rojo. En este infierno de fe han ardido innumerables herejes, brujas y xenos, y con su calor incandescente se han forjado múltiples victorias Imperiales.

Desde sus primeros días dentro de la Schola Progenium, se observó que Eruita mostraba una intensidad de fe que era casi aterradora. Siendo huérfana a causa de las masacres en Gethsephone sus experiencias traumáticas la habían marcado claramente de por vida. Sin embargo ella no se derrumbó ni titubeó, sino que enfocó todo su odio y su rabia contra los enemigos de la Humanidad, teniendo a la vez una firme y absoluta creencia en que el Dios Emperador vigilaba a su pueblo, y que tenía un plan para todos. Cuando se unió a las filas de la Orden de Nuestra Señora Mártir, ella ya estaba siendo observada con un gran interés por su entonces Canonesa Superiora, Marya Somnatian. El talento de Junith Eruita para la inspiradora dirección, la intensidad de su fe, y su afición algo maníaca por el lanzallamas, pero que manejaba con prodigiosa habilidad, fueron virtudes notadas por todos sus abades instructores, que sugerían grandes cosas por sucederle.

Somnatian no estaba decepcionada. Eruita asumió el rol de Vengadora con gran fervor, convirtiéndose en un eje inspirador para su escuadra y en una guerrera verdaderamente feroz con su ungido lanzallamas pesado. Ella rápidamente asciende al puesto de Hermana Celeste, extendiendo sus llamas purgadoras como una de las guardaespaldas personales de la Canonesa Superiora. En este rol, Eruita luchó junto a Somnatian atravesando campos de exterminio en Ph'doro, así como la purga de la Colmena de Pesadilla e incluso hasta las puertas de la Ciudad del Rey Envenenado. A continuación vino lo de Holline's Hope, y un fatídico avance bajo los feroces bombardeos efectuados por los Guerreros de Hierro. Las Sororitas habían asegurado la ruinosa cúpula de la Basílica de San Holline cuando les cayó una devastadora salva de misiles. La bóveda se derrumbó y cayeron las imponentes torres del bastión. Cientos de Hermanas murieron cuando la estructura se vino abajo, estando Somnatian entre ellas. Fue entonces cuando la herida Hermana Junith Eruita subió por la escalera que conducía al púlpito, que estaba milagrosamente intacto, donde San Holline había predicado una vez. El fuego llovió a su alrededor, pero ningún disparo ni proyectil tocaron el púlpito cuando Eruita pronunció un discurso a las Hermanas supervivientes. Cada ojo se iluminó con una renovada fe, y con un poderoso grito la Orden de Nuestra Señora Mártir avanzó hacia una costosa pero decisiva victoria. Junith Eruita ascendió para reemplazar a Marya Somnatian ese día, pues fue designada por la gracia del Emperador, y desde entonces lucha sobre este púlpito como el verdadero Corazón Valeroso de su orden.



CELESTINE

LA SANTA EN VIDA

Alas extendidas, halo resplandeciente y una Espada Ardiente en mano. Santa Celestine es la encarnación del poder del Emperador. Brilla como una estrella en medio del humo y los vapores del campo de batalla mientras irradia luz sagrada. Los fieles se llenan con fuerza y coraje en su presencia, e incluso los herejes retroceden aterrorizados. Actúan de una forma sabia aquellos que huyen, ya que ella ataca como si fuera el mismo juicio del Emperador, golpeando a los injustos con tal fuerza que resulta impensable para su forma humana. Con un gesto, la Santa invoca unas llamas de retribución desde lo alto o infunde energías curativas a sus aliados enfermos y heridos.

Se sabe bastante poco de su vida anterior a ser declarada Santa. Ella fue una Hermana Arrepentida de la Orden de Nuestra Señora Mártir. No era más que una guerrera entre las bajas de la prolongada guerra contra los herejes del Cisma Palatino. Pero después de que su cuerpo fuera limpiado de la sangre y la suciedad del combate se levantó de nuevo, permaneciendo impecable ante los presentes fieles. A partir de entonces, el transcurso de la Cruzada Palatina pasó a ser un torbellino sangriento de venganza al quedar Celestine proclamada su figura emblemática, siendo todo el sector purgado no solo de cismáticos, sino también de cualquiera que los cruzados considerasen indigno para los mundos de la Humanidad.

Lord Ansgar, líder de la Cruzada, creía que la guerra santa llegaría a su fin en el mundo capital del Sector Palatino, aunque Celestine insistió en liberar antes un pequeño mundo atrasado llamado Sagrado Lys. Desconocido por todos excepto ella, ese mundo albergaba el antiguo Santuario del Corazón Ardiente, y que en una ocasión visitó Santa Katherine. Celestine ordenó que se retirase un altar roto para que se levantasen las losas debajo de él, descubriendo la entrada a una cripta oculta. Sin que nadie la siguiera, descendió por los polvorientos escalones, que no habían sido pisados durante milenios. Al fin, cuando las primeras luces cayeron sobre el santuario en ruinas, Celestine surgió de la tumba, elevada sobre una columna de resplandor divino y atendida por querubines y palomas. Ahora estaba ataviada con una brillante armadura dorada, y empuñaba una espada envuelta en pétalos de dulce aroma, espada tan brillante que nadie podía mirar. Contempló lo que la rodeaba y todos aquellos que se atrevieron a mirarla fueron abatidos a partes iguales por la adoración celestial y el terror infernal.



Tras su apoteosis, Lord Ansgar y el cónclave de sus compatriotas Thorianos declararon a Celestine como Santa en vida. Fue aclamada como Hieromártir de la Cruzada Palatina, y luchó a la vanguardia de numerosas Guerras de Fe. Su mera presencia invistió a los fieles con un fervor sin precedentes, y centenares de miles de herejes hallaron un final ardiente por mano de sus ejércitos. Muchos eran los que sentían miedo en su presencia pues estar ante Celestine implicaba someterse al juicio de alguien cuyo ejemplo nunca podría llegar a ser emulado. Su influencia sobre el Adepta Sororitas, para quien se convirtió en un foco de adoración total, resultó milagrosa; ella era una Santa Viviente, a quien las Hermanas de Batalla seguirían hasta el mismísimo centro del Ojo del Terror si las guiase hasta allí.

Celestine ha luchado contra los infieles por largos siglos y además en todos los rincones del Imperio. En bastantes ocasiones, puede dar la impresión de que ha caído en batalla, pero allá donde eso ocurra inevitablemente ella se levantará como un radiante amanecer, lleno de renovado vigor y listo para matar a los injustos. Las Geminae Superia a menudo luchan a su lado. Todas y cada una de estas Campeonas elegidas poseen una parte de la habilidad y gracia de Celestine, y darían su vida por proteger a la bendita santa. Resulta difícil predecir dónde aparecerán Celestine y sus Geminae Superia, pero allí dondequiera que vayan, la voluntad del Dios Emperador se manifiesta.

EL TRIUNFO DE SANTA KATHERINE

Allá por donde marcha el Triunfo de Santa Katherine brilla el resplandor del Emperador. A cada paso esta procesión funeraria extiende la gloria de la Matriarca mártir más allá de la galaxia, dispersando ante ella a los enemigos de la fe e inculcando a todas las Hermanas de Batalla la ardiente convicción poseída por la misma Santa Katherine. Sin embargo, no es tan solo la fundadora de la Orden de Nuestra Señora Mártir quien resulta venerada por el Triunfo, ya que a través de su presencia son transportados al frente los espíritus de las seis Matriarcas.

En el centro de esta procesión está el bendito féretro sobre el que descansa el esqueleto de Santa Katherine. Sus huesos, exhumados de la cripta de Sanctus Lys, están revestidos con una brillante armadura relicaria. Aunque sus restos físicos se pueden contemplar a través de los recovecos de la armadura, tan solo los servidores más piadosos del Emperador son capaces de verla sin notar las llamas del juicio abrasando su alma. Sin embargo, la verdadera prueba de la santidad de la Matriarca está en la urna situada cerca de su cabeza, donde su corazón permanece intacto ante los estragos del tiempo, incluso miles de años después de su muerte. Aquellas Hermanas en presencia del Triunfo pueden escuchar los latidos del corazón, y sentir su calor fluir a través suyo. El Águila Imperial se posa sobre este corazón ardiente, como símbolo del Emperador que cuida a su sirviente caído.

El féretro está flanqueado por unos estimados miembros de Órdenes Pronatus. Cada una de estas Hermanas fue una vez un ejemplo de su Orden, elegidas de manera cuidadosa por sus respectivas Canonesas Superioras para unirse al Triunfo. Estas Hermanas Pronatus no solo cuidan los restos de Katherine, limpiando sus huesos y armadura con aceites y ungüentos; también adopta cada una el papel de las seis Matriarcas que componen esta procesión. Se dice que en este caso la Hermana se convierte en el espíritu de dicha santa, encarnando sus fortalezas y virtudes, y transporta una reliquia sagrada con la que está asociada la Matriarca. Estas reliquias son tesoros de un incalculable valor, y se portan con tanta reverencia como los huesos de la santa.

El Espíritu de Santa Katherine va al frente de la procesión. Con una mano ella empuña la Espada del Mártir, una hoja crepitante que se dice que fue templada con gotas de sangre de la agonizante Katherine. En la otra, sostiene el Praesidium Protectiva, escudo con el cual Katherine defendió a Alicia Dominica en un sinfín de batallas, y después de miles de años este todavía proyecta una barrera de energía sagrada.

El Espíritu de la Santa Dominica sostiene el Simulacro del Cáliz de Ébano, una renegrida copa imbuida con una parte del sorprendente poder del cáliz original. En su presencia, los impíos quedan atormentados por la angustia física y espiritual, con sus cuerpos y sus almas erosionados hasta el olvido por las ondas de radiante energía. El Espíritu de Santa Silvana porta el Simulacro del Sudario de Plata, que fue cortado de la misma tela que recubría el cuerpo de la Matriarca. Mientras la Hermana lee en voz alta las muchas hazañas de Silvana, una imagen de la santa aparece en el sudario, desvelando su milagrosa naturaleza para que todos la vean. El Espíritu de Santa Mina lleva los Pétalos de la Rosa Ensangrentada, pétalos carmesí que se esparcen ritualmente a fin de simbolizar la sangre derramada por la Santa Roja antes de ser martirizada. El soplo de los pétalos despeja las mentes de las Hermanas cercanas de todo pensamiento extraño, y les concede una dichosa ira. Mediante oraciones entonadas el Espíritu de Santa Arabella oscila el Incensario de la Rosa Sagrada. Dentro arde una llama eterna, lo que simboliza el impulso interminable y la gran convicción de Arabella mientras difundía la verdad del Emperador.

Por último, el Espíritu de Santa Lucía sostiene en alto el Icono del Corazón Valeroso, el cual late cada vez más fuerte conforme crecen los fuegos de la guerra a su alrededor. Aquellos sirvientes Imperiales que escuchan este ruido sordo saben en su alma que no hay oposición que la gloria del Emperador no pueda vencer.



HERMANAS DE BATALLA

Blindadas con ceramita y una fe inquebrantable, hábiles en manejar la santa trinidad de bólter, rifle de fusión y lanzallamas, las Hermanas de Batalla de las Órdenes Militantes se hallan entre las más poderosas defensoras de la Humanidad. Son las ejecutoras de las Guerras de Fe de la Eclesiarquía, aniquilando a los enemigos del Emperador dondequiera que se encuentren.

ESCUADRAS DE HERMANAS DE BATALLA

Las Hermanas de Batalla conforman la gran mayoría de cada Orden Militante. Ellas son la infantería del Dios Emperador, su espada desafiante y su indomable escudo. Bajo sus atronadores bólteres, innumerables xenos, mutantes, traidores y herejes encuentran su perdición. Allá donde avanzan por el campo de batalla, la luz del Emperador se extiende como un sagrado amanecer, manifestándose en milagros que desvían de modo imposible los rayos y ráfagas, o dejando consumido al enemigo por los fuegos de justa retribución. Al frente marchan las Hermanas de Batalla, sus exultantes oraciones resuenan con más fuerza ante estas impresionantes pruebas de la divinidad del Emperador, y cada apretón de sus disparadores elimina a más indignas abominaciones que se atreven a enfrentarse al Señor de la Humanidad.

Las Hermanas de Batalla empiezan sus vidas como huérfanas: hijas de soldados o adeptos Imperiales que son acogidas y entrenadas en la Schola Progenium. Cada una es un centro de enseñanza doctrinal, rigor marcial y una disciplina brutalmente estricta; aquellas que se convertirán en Hermanas de Batalla, han de aprender a venerar al divino Emperador de la Humanidad por encima de todo. Juran solemnemente que servirán al Trono Dorado con cada aliento de sus vidas y, si se les pide que lo hagan, con su muerte. Dice mucho de la fe Imperial el que las Hermanas de Batalla marchen impávidas a enfrentarse contra toda clase horribles amenazas en cumplimiento de sus votos de servicio.

Las Hermanas de Batalla son ciertamente el verdadero brazo armado de la Eclesiarquía. Para ser mujeres, son físicamente poderosas y marcialmente diestras, educadas durante años en las artes del combate armado y sin armas, en las tácticas basadas en escuadras y la implementación estratégica doctrinal, así como el reconocimiento tanto de amenazas morales como militares, y de la multitud de enemigos pervertidos con los que se deberán enfrentar en defensa de la fe del Emperador. Muestran un nivel de severa disciplina, muy superior al de la mayoría de los defensores no aumentados de la Humanidad. Aunque no se someten a cirugías de psicoadoctrinamiento o neuromejoras como en el Adeptus Astartes, gracias a su fe, fuerza espiritual y moral, estas Hermanas de Batalla son cuasi tan intrépidas como los Marines Espaciales. Su presencia en el campo de batalla es tan inspiradora como temible, y su avance resulta inquebrantable incluso ante pocas probabilidades de éxito o monstruosos enemigos.



Estas guerreras portan unas servoarmaduras bendecidas y empuñan santificadas armas de fuego. Las primeras son trajes envolventes de ceramita y placas de plastiacero, cuya fuerza servoasistida es dispensada por la voluminosa mochila conectada al traje. Sin la energía que esta proporciona, la armadura sería difícil de manejar hasta el punto de resultar inútil. Con ella, sin embargo, esta servoarmadura no solo aumenta muchísimo la fuerza de la Hermana de Batalla sin restringir de manera alguna su movimiento o velocidad, sino que le brinda una protección tan excepcional que es capaz de atravesar lluvias de fuego de armas ligeras sin ni siquiera perturbarse. Por otra parte, los bólteres que llevan estas Hermanas de Batalla disparan unas ráfagas de ojivas en miniatura autopropulsadas y reactivas a la masa. Estos proyectiles pueden traspasar la armadura, la carne y los huesos, y sus microcogitadores se activan después detonando en el interior del desafortunado enemigo. Por tanto, a quienes disparan las escuadras de Hermanas no solo son derribados, sino que terminan destruidos en espectaculares fuentes de sangre y carne destrozada.

Cada escuadra de Hermanas de Batalla está liderada por una Hermana Superiora y, con frecuencia, aumentada por la incorporación de una Hermana Dominium o Vengadora, que manejan armas especiales o pesadas. Si bien este armamento adicional otorga a las Hermanas potencia de fuego para aniquilar los tanques de batalla enemigos o inmolar a grandes grupos de infantería en mitad de un ondulante infierno de llamas, las Hermanas Superioras son las que forman los auténticos núcleos en cada escuadra de estas guerreras. Hablando con autoridad derivada de años de

experiencia en combate y su suprema fe en el Dios Emperador, estas oficiales se aseguran de que cada Hermana bajo su mando luche con toda su capacidad y resistencia, para así lograr maximizar el impacto estratégico de la escuadra en su conjunto. En la mayor parte de Órdenes, son las Hermanas Superioras las que algún día se convertirán en Canonesas. En su mandato como Hermanas Superioras aprenden no solo el arte del mando militar, sino también el de recitar unos apasionados e inspiradores sermones para la batalla. Tal oratoria entusiasta es capaz de hacer que sus guerreras se mantengan combatiendo frente a desafíos imposibles, y pudiendo provocar, aparentemente, hasta la ira del mismo Dios Emperador sobre sus enemigos.



ESCUADRAS DOMINIUM

Allá por donde el avance de las escuadras de Hermanas de batalla suelen ser constante e implacable, las escuadras Dominium atacan tan rápidas y furiosas como un rayo sagrado. Canalizando todo su odio y su furia hacia los enemigos de la Humanidad, estas guerreras atraviesan las líneas enemigas armadas con una plétora de lanzallamas y armas de fusión mediante las que dispensan una devastadora muerte de corto alcance. Donde un enemigo deba ser eliminado de un búnker de mando, un sitio estratégico deba ser capturado, una línea de batalla enemiga deba ser destrozada o tenga lugar un peligroso contraataque del enemigo, allí atacan las Dominium.

Las Dominium son valientes y agresivas pero no actúan con ímpetu. Bajo la atenta mirada de sus Hermanas Superioras, estas escuadras atemperan su deseo de hacer sentir su furia con una aguda conciencia de las condiciones estratégicas presentes. Ellas evalúan rápido a los enemigos, y luego seleccionan y eliminan cada objetivo prioritario por turnos, usando justamente el arma adecuada. Esta habilidad, junto con el entrenamiento especializado en los rituales del montaje y el mantenimiento necesarios para poder invocar a los espíritus maquina de bólteres tormenta, lanzallamas y pistolas de fusión, hace que estas Hermanas Dominium sean asombrosamente letales en un tiroteo, y unidades de apoyo secundarias muy valiosas en las escuadras de Hermanas de Batalla.

Las escuadras Dominium suelen ir a la lucha a bordo de veloces transportes blindados; los Rhinos e Immolators rugen por el campo de batalla, y el fuego del enemigo rebota en sus cascos mientras que conducen las escuadras Dominium a la batalla. Solo en la disputada y ruinosa primera línea o en las trincheras que controla el enemigo estos vehículos se paran, con sus cañones retumbando hasta cuando sus rampas bajan de golpe y las Dominium avanzan. Con oraciones al Dios Emperador saliendo de sus labios, aquellas Hermanas de Batalla que empuñan lanzallamas y pistolas de fusión siegan los enemigos a quemarropa con su abrumadora potencia de fuego. Acto seguido avanzan hacia su próximo objetivo, dejando a las demás Hermanas a su espalda para que aseguren los sitios de importancia estratégica que las Dominium han limpiado de enemigos. Sus tácticas se hacen eco de la antigua doctrina practicada por las Hijas del Emperador llamada "La Palabra Innegable". Esta doctrina fue desarrollada para impartir justicia donde fuese más necesaria, aniquilar a los infieles y despejar el terreno para que la luz del Emperador pueda brillar.

ESCUADRAS VENGADORAS

Dentro de la mayoría de Órdenes Militantes, se necesitan muchos años para avanzar a las respetadas filas de las escuadras Vengadoras. Las Hermanas que conforman estas bandas están entre las más sensatas, imperturbables y sangrientas de su clase, siendo también las mejores francotiradoras de cada Orden. Así debe ser, pues las Vengadoras tienen la gran responsabilidad de brindar apoyo de fuego contra objetivos enemigos a las compañeras que avanzan. Para cumplir mejor este papel, cada escuadra de Vengadoras lleva una serie de bólteres y lanzallamas pesados además de cañones de fusión, que suman en línea toda su potencia de fuego con la de un tanque de batalla. Combinados con el ojo experto de las Hermanas para la priorización de objetivos, identificando los puntos débiles del enemigo y optimizando las soluciones de disparo, son esos devastadores armamentos los que hacen que las escuadras Vengadoras sean un activo terriblemente potente en combate.

Estas escuadras otorgan fuego de cobertura de largo alcance mientras que las principales fuerzas del Adepta Sororitas presionan a los enemigos. Señalan y destruyen a los tanques, a las devastadoras máquinas de guerra y a las bestias monstruosas, para impedir que estas abominaciones heréticas puedan dañar a sus compañeras o interrumpir el plan de batalla. Disparando de lejos las Vengadoras reducen las fortificaciones a escombros ennegrecidos por el fuego, y convierten a olas de infantería en montículos de cadáveres humeantes. Sin embargo, incluso cuando avanzan formando parte de la línea de batalla, ellas no pierden nada de su capacidad letal. Las Órdenes más agresivas, como el Sudario de Plata, envían a las Vengadoras en transportes blindados, de los que desembarcan y aniquilan al enemigo con sus ineludibles salvas de llamas, disparos explosivos y energías sobrecalentadas, antes de que sus víctimas puedan siquiera levantar sus armas para luchar.

HUESTES ANGELICALES

Entre las Órdenes Militantes hay quienes cuya fe arde tan intensamente que parece como si el Emperador mismo guiara sus acciones. Vuelan por el campo de batalla sobre columnas de llamas, abriéndose camino hacia los enemigos de la Hermandad, antes de descender con justa furia para derribar a los infieles.

SERAFINES

Las guerreras angelicales llamadas Serafines pelean a la vanguardia del ejército de Adepta Sororitas. Equipadas con retrorreactores del modelo San Leor, descienden desde lo alto hacia las líneas enemigas, usando el impacto y la sorpresa para destruir formaciones antes de que sus compañeras empiecen a disparar. Cada Serafín empuña una pareja de pistolas bólter, elegidas de entre las armas de la santa trinidad. Ambas se usan para escupir muerte mientras las Serafines atraviesan el cielo, sus lanzallamas disparan ardientes torrentes que inmolan filas de enemigos, y con las pistolas inferno lanzan rayos de calor enfocados que derriten armaduras y carne con despreciativa facilidad.

Convertirse en una Serafín requiere un nivel de habilidad y control que raya en lo divino. Solo las Hermanas de Batalla que han sido bendecidas con una destreza inhumana son consideradas para el entrenamiento, aunque incluso de estas pocas son capaces de realizar la tarea. La Hermana ha de poder apuntar y disparar sus dos armas mientras que se lanza hacia adelante a tremendas velocidades, todo manteniendo precisa su trayectoria de vuelo. Ella debe ser capaz de aterrizar a un paso de una turba de berreantes enemigos, cortarlos con fluidos golpes y ascender de nuevo a los cielos en el transcurso de unos pocos latidos. Pero más allá de eso, una Serafín debe ser la vanguardia de la fe, un alma sin dudas cuyas acciones las dicte su inspiración divina.

Las Superioras Serafines son guerreras muy respetadas en su Orden, y sus Canonesas a menudo las convocan para ofrecer consejos en los concilios de guerra. Tal es su habilidad y convicción, que las Superioras Serafines de larga trayectoria a menudo se convierten en Palatinas o Canonesas. Como corresponde a veteranas de esa posición, manejan algunas de las armas más preciadas de su Santuario, desde espadas de energía de hoja dorada con letanías de fe inscritas hasta sagradas pistolas de plasma que alguna vez empuñó un santo de la Orden. Todos ellos son unos artefactos irremplazables y veneradas reliquias, que por medio de las acciones de la Superiora Serafín a menudo son lavados con la sangre de los injustos.



CÉFIROS

Las Céfiros son destructoras divinas, figuras de insondable pasión y tenacidad que abren un camino recto entre las hordas enemigas. Se elevan a través del firmamento, buscando a aquellos cuya maldad es la mayor afrenta a la fe, y allí los castigan con su ira. Con arcos de sus espadas de energía, las Céfiros cortan las cabezas y miembros de las abominaciones ante sí. Un hedor acre llena el aire a medida que la carne y el metal se vaporizan con cada golpe de las hojas envueltas en energía. Los gritos de dolor son ahogados por su angelical canto y el estruendoso estallido de las pistolas bólter, y antes de que los enemigos muertos caigan al suelo, las Céfiros vuelven otra vez a los cielos.

Solo aquellas Hermanas que experimentan una conexión directa y persistente con el Emperador llegan a convertirse en Céfiros. Abrumadas por esta constante comunión, a menudo pierden la capacidad de conversar con las otras guerreras de su Orden. Hablan mediante palabras desconocidas, y viven en un estado de inquebrantable éxtasis. Muchas entre la Hermandad creen que las Céfiros se refieren a profecías sagradas, las cuales solo son inteligibles para aquellas cuya fe pura es capaz de descifrar tal mensaje. Sin embargo, sus acciones en el campo de batalla están a la vista de todos. Donde las Céfiros atacan, les siguen las otras Sororitas, caminando a través de montones de cuerpos desmembrados tras estas guerreras, que indudablemente han sido tocadas por la divinidad.

ARREPENTIDAS

Aquellas Sororitas que no cumplen con los estrictos códigos de servicio a la Hermandad son despojadas de su equipo de guerra y expulsadas de la Orden en la que sirvieron. Conocidas como Hermanas Arrepentidas se unen a otras que han caído en desgracia, y en estas escuadras se les da la oportunidad de lavar sus pecados con la sangre de los infieles.

HERMANAS ARREPENTIDAS

Vestidas tan solo con harapos y llenas de un insaciable deseo de expiación, las Hermanas Arrepentidas corren por el campo de batalla con el sonido de sus aullantes oraciones. En su corazón, cada guerrera es conocedora de que le ha fallado a las Hermanas, a su Orden y al Emperador. Ella sabe que existe solo para matar a los enemigos de la fe o para entregar su vida en el intento, y por ello carga hacia el combate sin prestar ninguna atención por su propia seguridad. Cuando ella llega hasta sus enemigos, levanta su eviscerador, la enorme espada sierra que le fue otorgada como una herramienta de su penitencia, descargándolo sobre ellos con una furia brutal. La aserrada carne vuela en todas direcciones. Trozos de hueso cortado y de armadura desgarrada se dispersan a medida que los dientes del arma hacen su trabajo. Cada corte saja más arterias y vierte más sangre, y con cada cadáver que la Arrepentida deja destrozado, siente cómo la indulgente mirada del Dios Emperador se acerca cada vez más a ella.

Las Sororitas de cualquier Orden se pueden convertir en Arrepentidas. La Hermana que desobedece las órdenes de su superior, una Dialogante que sucumbe ante el pecado de la curiosidad, o hasta una Famulata que no consigue descubrir los planes ocultos de su entorno; todas son deshonradas a ojos de la Hermandad. Se las exilia de la Orden donde sirvieron, y son todas llevadas a una Orden Militante donde se someten a un despiadado reacondicionamiento físico y espiritual. Si la Orden que las acogió entra en guerra, estas Hermanas Arrepentidas generalmente son colocadas al frente del conflicto, una bondad que les proporciona la mejor oportunidad de causar una matanza penitente al enemigo.

Es posible que una Arrepentida se redima a sí misma a través de actos de gran valentía y masacres. De hecho, algunas de las mayores y más fieles campeonas del Adepta Sororitas fueron Arrepentidas, como Santa Celestine. Aquellas que así se rediman, son veneradas por sus compañeras Hermanas, puesto que por medio de ellas se muestra al Emperador Salvador guiando a sus sirvientes en su hora de debilidad. Algunas Sororitas hasta desean convertirse en Arrepentidas, citando sus más pequeños defectos como razones para hacer penitencia.

AMA DE ARREPENTIDAS

La solemne tarea de guiar a las descarriadas Sororitas en su expiación recae en un Ama de Arrepentidas. Estas Hermanas veteranas hacen de supervisoras y capataces, liderando a las Arrepentidas en el combate y buscando con atención cualquier signo remanente de pecaminosidad. Con vociferantes palabras el Ama expone el alma culpable de cada una de sus Hermanas, relatando con gran aversión las fallas de su fe para que su autodesprecio y humildad permanezcan en carne viva.

Los látigos neuronales gemelos llevados por un Ama de Arrepentidas están unidos con fibras electro-sinápticas. Al contacto, envían una sacudida de angustia física y mental que recorre el cuerpo de su objetivo. Antes de la batalla, cada Hermana Arrepentida recibe el azote de uno de estos látigos en su mano, lo que llena su cuerpo de dolor. La agonía que sufre le recuerda su culpa y la acostumbra al sufrimiento físico, siendo esta una necesidad por si alguna vez logra obtener la absolución. Destrozada por la vergüenza y la angustia, se abalanza sobre sus enemigos, de manera que su violenta contrición es juzgada después por la Hermana Superiora.

En batalla el Ama de Arrepentidas utiliza sus látigos para derrotar a los enemigos con que se cruce. Con un estilo experto, el Ama traza arremolinados senderos con cada cable, y así azota brutalmente la carne expuesta con un látigo mientras que destroza la armadura del enemigo con el otro. Herejes que aún gritan se amontonan a sus pies, sufriendo todos de incontrolables convulsiones debido a que sus neuronas están fritas, mientras que el Ama y sus Hermanas marchan sobre ellos.



ESCUADRAS CELESTES

Las Hermanas Celestes son las más nobles y mejores guerreras de toda su Orden, figuras inspiradoras cuya negativa a ceder, incluso en las situaciones más difíciles, es legendaria. En el transcurso de decenas de batallas, han servido a su Orden con distinción, habiendo ganado el sagrado honor de acompañar a las líderes de mayor rango del Adepta Sororitas a la batalla. En el fragor del combate, actúan como guardaespaldas y campeonas de élite.

Las Escuadras Celestes castigan a los infieles con unos implacables bombardeos de fuego de bólter y llamaradas sagradas, resultando su disciplinado fuego preciso y devastador, incluso dentro de los exigentes estándares de las Hermanas de Batalla. Si el enemigo logra acercarse lo suficiente como para amenazar a su amada Canonesa, o a otro dignatario de importancia, una Celeste sacrificará su vida sin reservas para preservar la del cargo. Tras haber luchado codo con codo muchos años en los campos de batalla más horrendos que se pueda pensar, las Celestes comparten un poderoso vínculo con su Canonesa. Al estar en su presencia, estas guerreras combatirán con más fuerza, alabando el nombre del Dios Emperador mientras destruyen al psíquico, al mutante y al hereje.

Solo a las que prueban ser excepcionalmente competentes en las artes de la guerra se las considera dignas de ser incluidas en las filas de las Celestes. Se despliega a estas guerreras de élite juntas, y allá en donde su experiencia superior pueda cambiar el curso de la batalla. Con frecuencia ellas van acompañadas de su Canonesa, mientras cargan sin miedo hacia adelante para enfrentarse a los enemigos más espeluznantes. Entre ellas se hallan las que en algún momento sirvieron como Dominum o Vengadoras, por tanto las Escuadras Celestes son apoyadas con las armas y equipo preciso para combatir contra una amplia variedad de amenazas. Sin embargo, todas las Hermanas Celestes saben que dichas armas no son nada en comparación con el poder de su fe. Ellas son fervorosas creyentes del Credo Imperial, brillantes ejemplos de rectitud que aspiran a emular todas las Hermanas menos veteranas. Aprovechando este ardor en batalla, avanzan a zancadas para partir los cráneos de salvajes alienígenas y enviar a los horribles demonios de vuelta a la disformidad.

La mayoría de las Celestes fueron Hermanas Superioras de rango inferior. Como tal, cada una posee una formidable perspicacia táctica desarrollada durante largos años liderando a sus compañeras Sororitas en la guerra. Dado esto no es extraño que una Escuadra Celeste no cuente con una Superiora, sino que opere como un colectivo en donde cada miembro presta su experiencia y conocimiento para la ejecución de su deber común. Las escuadras que contienen una Superiora Celeste tienen el honor de ser lideradas por todo un modelo de destreza marcial y de fortaleza espiritual. A dichas veteranas guerreras se les otorga el honor y la carga del mando siempre que una Canonesa de la Orden es acogida por el Dios Emperador.



QUERUBINES

Ciertas escuadras de Sororitas emplean un tipo especial de servidor santificado llamado Querubín. Equipados con unos motores antigravedad básicos, estas bio-construcciones cultivadas en cubas van sobrevolando el campo de batalla junto a los guerreros Eclesiarcales, y mediante unas doctrinas precargadas ayudan con el mantenimiento de armas y rituales de purificación. Dependiendo de su papel, la carne de los Querubines puede llevar integrada distintos apéndices mecánicos y estar untada con ungüentos únicos, lo que les posibilita cumplir mejor con su deber. A diferencia de los familiares de la Inquisición, estos Querubines usados por el Adepta Sororitas no están atados psíquicamente a sus amos, sino que son controlados por medio de entonaciones sagradas específicas.

IMAGIFIERS

El papel de la Imagifier es sagrado dentro de las Órdenes Militantes. En estas Hermanas recae la tarea de ensalzar las virtudes de las Sororitas caídas, y de predicar sus obras en medio del estruendo de la lucha para que el espíritu del mártir habite en las guerreras de la Orden. Las Imagifiers portan un soporte montado que exhibe una imagen esculpida de un venerado mártir, con incrustaciones de oro y plata e inscrito con textos sagrados. Sostenida en alto esta imagen sirve como un lugar de fe para las Sororitas y como un faro de pureza marcial. Las Imagifiers relatan las muchas acciones justas de la mártir, y su voz resonante se eleva sobre los estallidos de los bólteres y el rugido irregular de las espadas sierra. Historias de ira sagrada inspiran a las Hermanas próximas hasta nuevas cuotas de violencia; relatos acerca del estoicismo de los mártires insuflan una nueva resolución a los que los oyen, mientras que las historias del milagroso desafío de los caídos sirven para endurecer los corazones y las mentes de las guerreras de la Orden. Bastantes Hermanas llegan al borde del llanto estando delante de una Imagifier, pues haber servido con tanta valentía al Emperador y haber muerto por él es el ideal al que aspiran todas las Sororitas.





Una Orden concreta suele tener operando a varias Imagifiers a la vez, que normalmente son desplegadas en dispares zonas de guerra. En el frente estas acompañan a la Canonesa y forman parte de su séquito, asegurándose de posicionarse donde la pelea sea más dura y donde los hechos que narran surtan mayor efecto. Cuando se enfrenta a un enemigo, la Imagifier planta el soporte en tierra y toma sus armas. Incluso cuando dispara a su rival, continúa entonando las glorias de los caídos, sin olvidar una sílaba de las letanías mientras acribilla a los herejes ante sí y lanza granadas en mitad de ellos. Cuando ya está despejado el camino, la Imagifier levanta la imagen del mártir una vez más, cargando con el sagrado símbolo de la fe y pasando por encima de los destrozados cuerpos de los injustos.

Las Sororitas que son ascendidas a Imagifier por lo general han demostrado ser dignas de ello mientras fueron Hermanas Superioras o Celestes, pero en raros casos una Hermana de menor rango ha probado ser un ejemplo de oración en la batalla. La Imagifier entrena para su nuevo deber a través de minuciosos estudios fenomenológicos de un mártir en particular, memorizando no solamente los actos del venerado guerrero sino también el significado sagrado de su muerte. Los restos del caído son exhumados de las criptas de la Orden cuando esto es posible y se vuelven a colocar en exposición, un hecho que permite a la Imagifier poder meditar sobre el cadáver mientras se entrena. Luego, ella actúa como una guía para las Hermanas de las Órdenes Pronatus en la elaboración de la imagen del mártir, asegurándose de que dicha reliquia inmortalice perfectamente a los santificados.

"Su espada era su mano, su mano su espada, y con un solo golpe partió los cráneos de las dos abominaciones que se cruzaron en su camino. Pero esto fue solo el comienzo de su santa ira. Se detuvo bajo la lluvia de sangre enfermiza, con su pistola levantada y dispuesta para pronunciar el juicio del Emperador…"

- Letanía de la Canonesa Briar, Hermana Tariana, Imagifier de la Orden de la Espina.



HOSPITALARIAS

Una Hermana Hospitalaria se mueve rápida y decidida por el campo de batalla, su silueta desciende tranquilamente sobre los heridos en defensa de la fe. Opera en las más brutales condiciones: llanuras irradiadas e infernales, campos de batalla de pesadilla o en pantanos infestados de viruela repletos de extraña vida xenos. Apretando los dientes, una Hermana Hospitalaria auxilia a sus compañeras hasta cuando hordas de chillones herejes y bestias alienígenas rabiosas se abalanzan contra ella. Se arrodilla en charcos de fluidos corporales putrefactos, utilizando su profundo pozo de fortaleza alimentada por la fe para así cortar a través de extremidades mutiladas, mientras enfrenta todo su ingenio contra los sensibles patógenos y los hechicerescos venenos.

Las Hermanas de las Órdenes Hospitalarias son las sanadoras físicas y espirituales de las Adepta Sororitas. Tanto por su experiencia médica como por su habilidad en la cirugía, brindan una fuente de fe a los necesitados. Entonando oraciones para paliar las mentes febriles y recitando dogmas de fortaleza, les recuerdan a quienes tienen bajo su cuidado a aquellos santos que soportaron tremendos sufrimientos con un inquebrantable ánimo. Susurran mantras de vigor a fin de atenuar el dolor de las heridas y levantar el velo de la fatiga. Las Hospitalarias hunden sus brazos hasta los codos en las entrañas, profiriendo denuncias de odio religioso mientras extraen proyectiles radiactivos, fragmentos de dolor cristalizado y metralla contaminada.



Un miembro de la Orden Hospitalaria porta un equipo especializado para ayudarle en las líneas del frente. Este grupo de herramientas quiroprácticas ungidas se ciernen como una mantis, listas para moverse a la más mínima orden. In extremis, la gimoteante sierra para huesos y la deslumbrante aguja hipodermica se pueden dirigir contra enemigos cercanos, cortando vulnerables yugulares y perforando pulmones antes de que la Hospitalaria dé un paso atrás y efectúe un disparo mortal con su pistola bólter.

Para enfrentarse al aterrador armamento que usan tantos enemigos de la Humanidad, una Hospitalaria entrena de manera exhaustiva a bordo de las abarrotadas barcazas-sanatorio de su Orden, en hospicios de barrios bajos y en las pioneras misiones en los márgenes del Imperio. Años de minuciosos estudios sobre textos milenarios se llevan a cabo dentro de cavernosos salones en los santuarios de sus Órdenes, medio iluminados por votivas velas y patrullados por guardianes sin nombre. Las Hospitalarias individuales pasan toda su vida investigando la horrible malignidad psíquica de los Aeldari, o la repugnante mancha de la posesión demoníaca. Gracias a su dedicación las mentes asaltadas por turbadoras energías que encogen el cráneo y devastan los nervios en ardientes pozos de fuego negro del vacío, encuentran su salvación en las tiernas manos y las puritanas voces de las Hospitalarias.

Ellas están completamente comprometidas con su oficio, y dedicadas a la preservación de los guerreros del Emperador. Entienden bien el deber vital y sagrado que las Órdenes Militantes cumplen para poder preservar a la Humanidad y expulsar a todos los males que la acosan. A lo largo de innumerables y agotadoras batallas se acostumbran a ver las sombrías realidades de la guerra, y alcanzan una comprensión íntima de las horrorosas matemáticas de la supervivencia. Hay poco lugar para la amabilidad cuando realizan sus diagnósticos en primera línea. Si es posible salvar el alma pero la carne está desgarrada más allá de la redención, otorgan al guerrero la piedad del Emperador, pronunciando una simple bendición antes de acabar rápido con su vida. Pero si el espíritu de una víctima se ha corrompido, la Hospitalaria directamente extermina su mancha sin ceremonia alguna. La última visión para muchos gobernadores traidores ha sido la mirada sin vacilación de una Hospitalaria de apoyo, administrándole de forma calmada toxinas mortales en lugar de los habituales estímulos y eméticos.

DIALOGANTES

Una Dialogante ahoga los impuros gritos de guerra enemigos mediante exaltados gritos de alabanza al Emperador. Es un pilar de fe en la línea de batalla de las Sororitas, en pie sobre promontorios arrasados por el fuego, su brazo levantado con orgullo enarbolando el bastón ministerial mientras que silban los disparos a su alrededor. Su megáfono de las alabanzas amplifica su inspiradora retórica sobre el estruendo de la batalla, y enviando transmisiones con sus matrices sensoriales y perlas de voz, las Sororitas cercanas pueden beneficiarse de su profundo pozo de sagrado conocimiento. Cada verso bramado va unido a letales disparos de su pistola bólter, o bien al crujir de cráneos cuando blande su pesado bastón contra los enemigos que la asaltan.

Ellas siguen a las Hermanas de las Órdenes Militantes al frente de las purgas, cruzadas y Guerras de Fe, yendo sin temor hacia las más furiosas tormentas de fuego para ensalzar el Credo Imperial. En medio de un torrente de fuego las Hermanas Dialogantes cantan unos himnos conmovedores, entonan con fuerza extractos de los escritos sagrados y pregonan juramentos para que sus Hermanas de fe los repitan. Con sus palabras ilustran los hechos del Emperador cuando todavía dominaba las estrellas, revelando su manifiesta gloria a los guerreros a su alrededor, y hablando acerca de su voluntad en todas las cosas. Por tanto, gracias a las Dialogantes las Adepta Sororitas tienen una expresión audible de su deber, un refuerzo de sus propias oraciones personales.

Pese a que evitan la instrucción avanzada de armas en favor de estudios hermenéuticos y la investigación hagiográfica, las Dialogantes se someten a un riguroso acondicionamiento físico y entrenamiento para el combate. Ellas deben poder ir hombro con hombro con los guerreros de las Órdenes Militantes en plena batalla, así como soportar largos periodos de estudio intenso y oración inspiradora. En el Bálsamo de la Colmena Cethys, ocurrió que una Hermana Dialogante de la Orden de la Página Iluminada cantó Salmos de la Verdad Radiante durante tres días sin hacer ninguna pausa, mientras la misión que acompañaba incendiaba sistemáticamente las miserables chabolas de cientos de criaturas de mutados sumideros.

"¡No hay más luz que la luz del Emperador! ¡No hay más fe que la fe en el Emperador! ¡No hay más verdad que la verdad del Emperador!"
- Primera proclama de la Orden Dialogante del Voto Resonante

Los estudios lingüísticos de las Dialogantes profundizan en áreas mucho más oscuras de lo que muchos piensan. Las Sororitas están obligadas a eliminar a los idólatras apóstatas y a los secesionistas impíos, siendo el deber de las Órdenes Dialogantes recopilar textos heréticos y tratados blasfemos que reúnen los variados cultos profanos. Solo a través de un examen muy detenido de sus contaminadas, páginas, puede una Dialogante descubrir las repugnantes herejías cometidas por aquellos enemigos de la fe. Por tanto, debe lidiar con todo tipo de grotescas escrituras de runas y lenguajes inductores de psicosis empleados por los siervos del Caos. En unos santuarios psíquicamente protegidos, saturados de una niebla de incienso sagrado y humo de velas encendidas, las Dialogantes llevan a cabo sus tareas más peligrosas. Con pinzas sumergidas en ungüentos extraídos de estatuas llorosas, leen y traducen con sumo cuidado obras de maligna hechicería y léxicos de locura que ha sido engendrada por la disformidad.

Estas Hermanas Dialogantes se entrenan sin cesar para fortalecer su psique y llegar a ser resueltas de espíritu, endureciendo su mente durante agotadores y arduos procedimientos contra todas las formas posibles de tentación y corrupción. Tras largos años de servicio, su fortaleza mental e irrompible determinación forjan una fría aura de repugnancia. Esto les permite enfrentarse a la brujería sobrenatural de aquellos que niegan el gobierno galáctico del Emperador, rechazando las emanaciones psíquicas que les escupen las odiosas mentes contaminadas por la incredulidad. Con esta preparación, las Dialogantes avanzan junto a las Sororitas de las Órdenes Militantes, y con su convicción de hierro alimentan a sus tan incendiarias proclamas.

TOMOS SAGRADOS

A diferencia de la mayoría de las reliquias, que están protegidas y mantenidas por las Órdenes Pronatus, los numerosos tomos sagrados y pergaminos del Adepta Sororitas quedan al cuidado de las Dialogantes. Muchos de esos escritos se llevan al combate y se utilizan para inspirar a las guerreras de la fe a nuevas cuotas de fervor. En las brutales guerras, estas antiguas páginas pueden acabar salpicadas del icor de los enemigos, o chamuscadas por las llamas sagradas. Solo las Dialogantes poseen las habilidades necesarias para restaurar tales obras. Reescriben de una manera meticulosa cada letra de las páginas profanadas, empleando las mismas tintas benditas que se utilizaron para escribir ese texto. Incluso la más mínima desviación en la escritura, bien sea en su contenido o en su forma, se considera blasfemia. Como tal, una Hermana Dialogante se compromete a recordar la totalidad de un tomo que está a su cuidado, pudiendo así reproducir páginas enteras que hayan sido arrancadas de este. Desde luego permitir que una reliquia sagrada se dañe hasta tal punto supone un gran pecado en si mismo, y en semejante caso la sangre penitente de la Dialogante se usa para reconsagrar su terminado trabajo.

VEHÍCULOS DE TRANSPORTE

Hay muchos medios para que la furia de los fieles del Dios Emperador pueda alcanzar al herético enemigo. El método de cargar escuadras de iracundas Sororitas a bordo de belicosos blindados con una gran potencia de fuego, y luego enviarlos a través de las líneas enemigas para aplastarlos y hacerles pedazos es uno de los más populares…

RHINOS SORORITAS

El transporte blindado de personal Rhino ha sido un pilar dentro de las fuerzas militares del Imperio desde los primeros días de la Gran Cruzada, o incluso antes. Diseñados a partir de una construcción de plantilla estándar, estos Rhinos son extraordinariamente duraderos, robustos y fáciles de manejar. Raramente se averían o les fallan a sus pasajeros, ya estén inmersos en los entornos más hostiles o bien sean golpeados por un fuego sostenido del enemigo. Dada la simplicidad de sus sistemas mecánicos centrales y la indomable naturaleza de su espíritu máquina, incluso en circunstancias extremas su tripulación puede volver a poner pronto en marcha el vehículo. Es por esta fiel y obstinada determinación de servir al Emperador por lo que el Rhino siempre ha sido considerado importante en el Adepta Sororitas.

Los Rhinos usados por las Órdenes Militantes están magníficamente decorados con filigranas e iconos sagrados. Tales adornos, aplicados y mantenidos por magistrales artesanos, honran al espíritu máquina de cada Rhino y celebran su papel como liberadores del juicio divino del Emperador. Por otra parte, la lujosa ornamentación asegura que el espectáculo del Adepta Sororitas mientras avanza en masa sea tan magnífico e inspirador como debería ser. Los Rhinos son bendecidos antes de cada combate por tecnosacerdotes Visioingenieros asi como por sacerdotes Eclesiarcales. La combinación de sus oraciones, junto con la aplicación de ungüentos sagrados, les brindan una protección contra el mal permitiendo que estos vehículos vayan orgullosamente a la batalla ante los ojos del Emperador y el Omnissiah. Dentro de su sagrado interior, puede transportar hasta a diez Sororitas totalmente armadas y blindadas, conduciéndolas a toda velocidad por el campo de batalla y haciendo caso omiso de la maléfica atención del enemigo para llevar a las sirvientas del Emperador al corazón de la lucha.

IMMOLATORS

Utilizado exclusivamente por el Adeptus Ministorum, el transporte blindado modelo Immolator es una variante del chasis del Rhino. En la parte superior del casco el Immolator monta una elaborada torreta que incorpora un escudo balístico de armavidrio tintado, un sistema de puntería autocoral y un nido artillero vinculado a un par de armas pesadas devastadoras. Habitualmente manejado por una Dominium con entrenamiento específico en combate con vehículos, sus torretas se pueden montar con lanzallamas de inmolación para poder purgar a los enemigos cercanos, cañones de fusión dobles para cazar tanques e infantería de élite, o bólteres pesados para proporcionar oleadas de potencia de fuego antipersonal a las fuerzas de Sororitas que avanzan.

La mejorada carga de armas de un Immolator requiere una bahía de transporte más pequeña en comparación con la del un Rhino. Parte del espacio interno del vehículo está dedicada a unos cogitadores de orientación autosantificados y, dependiendo del armamento, tanques de combustible, celdas de energía de reserva o grandes cargadores de proyectiles para alimentar los sistemas de armas de la torreta durante largos enfrentamientos. Aun así el Immolator es capaz de transportar hasta a seis guerreros totalmente equipados al combate. Gracias a su dominante capacidad de fuego y a su agresivo espíritu máquina, este vehículo es uno de los preferidos entre las formaciones especializadas de Dominum, Celestes y Vengadoras, donde el armamento montado en la torreta se añade al castigo que es impuesto por su santa trinidad de armas. Ya sea avanzando para despejar de enemigos puntos clave estratégicos, escoltando las columnas de tanques y transportes o bien proporcionando movilidad adicional y fuego de cobertura a unidades dedicadas a las misiones en solitario, el tanque Immolator sirve a los ejércitos del Adepta Sororitas con distinción e ira.



EXORCISTAS

El Exorcista es una exclusiva y representativa arma de los modos con que las Adepta Sororitas muestran su devoción al Emperador a través del castigo hacia sus heréticos enemigos. Es un rodante santuario para la magnificencia del Señor de la Humanidad, una pieza de artesanía increíblemente ornamentada que avanza hacia la lucha proyectando inspiradores himnos para la gloria del Emperador. Estos atraviesan el campo de batalla, e hinchan los buenos corazones Imperiales con fe y orgullo. Cuando escuadrones enteros de estos vehículos avanzan en blindadas formaciones de punta de lanza, sus emanaciones sinfónicas combinadas transforman incluso el campo de guerra más empapado de barro y sangre en una verdadera catedral. Los guerreros derrotados sienten un fuego renovado en sus corazones cuando oyen elevarse los cánticos de batalla. Aquellos superados en número o los afectados por el miedo, hallan un nuevo coraje y la fuerza para mantenerse firmes y seguir peleando. Después, las primeras salvas de cohetes de Exorcistas aúllan en medio del enemigo, y la batalla toma un cariz diferente.

Mucho más que meros ídolos inspiradores los Exorcistas son tanques de artillería móvil, cuya potencia de fuego es prodigiosa y de un gran alcance. Con cada oleada de notas realizada por la Hermana artillera, se calculan las soluciones de apuntado, se cargan las coordenadas de impacto y las baterías de misiles incendiarios o altamente explosivos envían estos al cielo. Tales proyectiles, tres veces benditos, ascienden de forma arqueada soltando estelas vaporosas antes de llover sobre el enemigo. Las ondas de choque se expanden rápidamente como flores de humo y fuego, que contienen remolinos de miembros destrozados, restos de guerreros y máquinas de guerra. Avances en punta de lanza enemigos quedan reducidos a dispersos y asolados grupos de víctimas conmocionadas por los proyectiles, mientras más misiles descienden aullando. Ni siquiera las aeronaves del enemigo están a salvo, puesto que quedar atrapado en medio de la erupción que arrasa los cielos la descarga de los misiles de un Exorcista es una experiencia mortal para todos, excepto para pilotos muy hábiles o endiabladamente suertudos. No en vano son llamados así estos vehículos, pues destierran con fe y fuego al herético enemigo con una aterradora eficiencia.

Pese a su magnificencia, los Exorcistas son antiguas armas de guerra poco conocidas. Muchos han servido desde la Era de la Apostasía: sus espíritus máquina son venerables y con frecuencia temperamentales, requiriendo constante mantenimiento y unos exhaustivos rituales de oración para mantener una óptima capacidad operativa. Aun así, no es extraño que un Exorcista titubee o funcione mal en pleno combate. Sin embargo, para las Adepta Sororitas, dichos incidentes no son sino una prueba más de su inherente naturaleza santa. Aseguran que estos vehículos están tan saturados del sagrado poder del Dios Emperador, que a veces se mueven por insensatos arrebatos, ya que sus espíritus máquina trascienden por completo las preocupaciones de lo material al experimentar una epifanía religiosa más allá de todo entendimiento mortal. Como es lógico, esto representa un escaso consuelo para los guerreros aliados que, de repente, no tienen el apoyo de fuego con el que contaban para hacer retroceder al enemigo. Sin embargo, cuando los Exorcistas operan de forma correcta, que es la gran mayoría de las veces, la devastación que causan es tan catastrófica que sus ocasionales momentos de incipiente dicha mecánica pueden ser perdonados.

"Nunca antes vi un acto de adoración tan dolorosamente divino, ni un caso de tan sagrada inmolación como cuando fui testigo del día en que finalmente derribamos a la Viuda Paralax. Al salir de una formación de cráteres, con banderas humeantes y agrietadas tablas de escritura sagrada, el último de nuestros Exorcistas habló. Lloré cuando el clarín de coros invisibles y benditos envió su consagrada carga a las estrellas en una ofrenda a la gloria del Emperador. Luego, la retornó caritativamente para extinguir aquella contaminada corte."

- Hermana Berionne, Hermana Superiora de la Orden de la Rosa Sagrada



SACERDOTES DEL MINISTORUM

La tarea del sacerdocio del Dios Emperador es defender el Credo Imperial, siendo una tarea que emprendieron con gran fervor y despiadada determinación. Muchos de estos sagrados siervos salen al campo de batalla para mostrar la fuerza de su fe, golpeando a sus enemigos hasta dejarlos hechos una ruina ensangrentada mientras gritan himnos de alabanza al Señor de la Humanidad.

PREDICADORES

Los sacerdotes de la Eclesiarquía a menudo acompañan a las Órdenes Militantes en la batalla e incluso se sabe que lideran Guerras de Fe. Hay muchos títulos diferentes dentro de la Eclesiarquía, pero su papel en el campo de batalla es el mismo: valerse de la fe de las tropas para así aniquilar a los enemigos del Emperador.

Los Predicadores son los miembros del clero con menor rango, encargados de supervisar el culto al Credo Imperial en una sola región o distrito planetario. Su tarea es doble: deben asegurarse de que se rinda debida reverencia al Dios Emperador y erradicar la herejía allá por dondequiera que asome. Persiguen estos dos roles con igual celo.

Con frecuencia, los Predicadores itinerantes se unirán a las cruzadas y las Guerras de Fe, arrastrando con ellos a los más fieles de su rebaño. Conscientes de que deben defender la santidad de su fe, los Predicadores pueden ser unos oponentes temibles, compensando cualquier falta de entrenamiento formal con un intrépido fervor religioso. Ellos cortan y despedazan enemigos con rugientes espadas sierra, levantando en alto el sagrado símbolo de la Eclesiarquía y bramando catecismos de odio contra herejes y mutantes. Tal valentía y ferocidad puede inspirar a gente humilde a realizar increíbles actos de valentía. Aquellos Predicadores más dignos son honrados con un amuleto sagrado, el rosarius, cuyo campo de energía puede desviar ataques y disparos, exhibiendo una lluvia de cegadores chispas.

MISIONEROS

Hay muchos sirvientes ordenados del Credo Imperial que no se ocupan solo de una sola parroquia, sino que navegan por las estrellas como Misioneros itinerantes, llevando la luz del Emperador a las regiones más peligrosas de la galaxia. Dicha tarea está, por supuesto, repleta de peligros, y por eso los Misioneros con frecuencia combinan sus esfuerzos con las campañas de las Sororitas, que luchan al frente de estas guerras santas. A diferencia de los Predicadores, no realizan el trabajo de consolidación después del final de la batalla; la vida del Misionero es una lucha contínua. Tan pronto como es conquistado un mundo pagano, y la menor desviación en la doctrina o el culto de su vencido pueblo es exorcizada por la fuerza de las armas, el Misionero parte para difundir aún más la luz del Emperador.

Equipado con variadas y robustas armas, y portando un rosario sagrado, un Misionero lidera dando ejemplo. Avanza hasta la lucha a través de tormentas de fuego enemigo sin ningún temor, bramando el credo del Dios Emperador. La mera fuerza de su presencia y el poder de su retórica, pueden serenar los corazones de los fieles guerreros que están a punto de sucumbir, o llevar sus cargas hasta un exultante frenesí asesino.



GUERREROS ECLESIARCALES

Aunque el Decreto Pasivo prohíbe a la Eclesiarquía mantener sus ejércitos de antaño, este hecho no impide que los sacerdotes del Ministorum reúnan sus propios séquitos endurecidos en la batalla. Pequeños en número pero hábiles en las artes marciales, estos guerreros empedernidos se dedican en cuerpo y alma a servir al Credo Imperial.

CRUZADOS

Píos caballeros-guerreros elegidos por su destreza marcial y absoluta devoción al Credo Imperial, los Cruzados actúan de guardaespaldas y campeones para los sacerdotes del Ministorum. A menudo combaten junto a las Adepta Sororitas en sus guerras de fe, derramando sangre de herejes y brujos con amplios movimientos de sus pesadas espadas, desviando inofensivamente balas y cuchillas con sus escudos de torre.

Los Cruzados son elegidos entre los pupilos de la Schola Progenium. Abades instructores identifican a esos jóvenes ciudadanos Imperiales que muestran una fortaleza mental inquebrantable y una formidable habilidad de combate cuerpo a cuerpo. Después estos individuos son enviados a una de las órdenes más misteriosas de la Eclesiarquía, los Cardenales Carmesíes, donde continúan su riguroso entrenamiento marcial y espiritual. A estos estudiantes seleccionados se les enseña a considerar a sus espadas y escudos como extensiones de su cuerpo, y soportan una existencia de estricto ascetismo, dificultades y solemne ceremonia religiosa. Así se forjan como guerreros poseedores de una voluntad de hierro y una fe ardiente en el Credo Imperial. El Cruzado que sobreviva a este intenso proceso, será reclutado al servicio de un Inquisidor, un beato comandante del Astra Militarum o un sacerdote del Adeptus Ministorum, a quien prestará un juramento de servicio inquebrantable de por vida, comprometiéndose a protegerle incluso a costa de la suya. Los Cruzados entran en este vínculo plenamente conscientes de que perecerán en el cumplimiento de su deber, pero antes de que llegue ese día están decididos a abrirse paso a través de los enemigos del Dios Emperador.

Los Cruzados usan sus pesados escudos para formar un impenetrable muro alrededor de su maestro juramentado, troceando los enemigos que se acerquen demasiado con cortantes mandobles de sus espadas de energía. Tal es su devoción por el deber y el odio hacia los poderes malignos de la disformidad, que pueden hacer caso omiso incluso de los ataques psíquicos más fieros, puesto que sus armaduras y escudos protegidos anulan la magia desorientadora y las explosiones de fuego embrujado el tiempo suficiente para que el Cruzado busque y mate al hereje responsable.

ASESINOS DEL CULTO DE LA MUERTE

Por toda la galaxia existen multitud de cultos y credos menores que adoran la muerte. Muchas de estas son religiones salvajes y heréticas, corrompidas por adorar a los Dioses Oscuros, pero hay algunas que se dedican completamente al Credo Imperial, y ofrecen los cadáveres de enemigos como pago por la gran deuda que la Humanidad tiene con el Dios Emperador dado su sacrificio eterno. Aquellos Asesinos del Culto de la Muerte que proceden de estos beligerantes cultos son muy apreciados como seguidores por los Sacerdotes del Ministorum, ya que están totalmente obsesionados con la necesidad de derramar la sangre de los impuros, y han dedicado sus breves y violentas vidas al dominio de la espada para llevar mejor a cabo esta santa tarea.

Vestidos con una sencilla armadura de cuero y empuñando espadas de energía gemelas, los Asesinos del Culto de la Muerte se abalanzan sin miedo entre las filas de sus enemigos, dando vueltas y vueltas en una danza derviche, con extremidades cortadas y cabezas rodando a su paso. Esta masacre puede parecer tosca y absurda a los ojos de un observador desinformado, pero de hecho cada tajo y puñalada lleva un elemento ritual. La forma de ejecución y el arma usada para dar el golpe fatídico tienen un significado especial cuando se ofrece el alma de la víctima al Dios Emperador para que sea juzgada.

Tal es la valentía y devoción de los Asesinos del Culto de la Muerte, que las pequeñas discrepancias o desviaciones del Credo Imperial son pasadas por alto por los miembros de la Eclesiarquía, pues están ansiosos por utilizar sus singulares talentos. Ellos ven a estos fanáticos con espadas igual que a los Adeptus Astartes: equivocados en sus prácticas, pero justos en su fervor.



ARCOFLAGELANTES

Los Arcoflagelantes corren junto a ejércitos de fieles en manadas, sus miembros como látigos se mueven de un lado a otro mientras siguen a sus amos sacerdotales al combate. Cuando se avista a los enemigos, un potentísimo cóctel de estimulantes suprarrenales y señales neuronales de muerte los impulsa a una furia asesina frenética, cargando hacia la batalla sin pensar en la autoconservación o la moderación. Golpeando y cortando con mayales ciberimplantados, pneumomazas y cuchillas, luchan como dementes hasta que no queda nada del enemigo excepto una pila de cadáveres mutilados.

La Eclesiarquía nunca ha carecido de procedimientos para castigar el pensamiento y las acciones heréticas. Los confesores del Ministorum han refinado mil formas de tortura y ejecuciones horribles, las cuales van desde métodos ya consagrados como la quema en la hoguera y las ruedas de arrepentimiento aplastantes de huesos, hasta la cruel y lenta evisceración en el temido pozo de ratas. Sin embargo, quizás ninguno cause tanto temor como el espantoso proceso de arcoflagelación.

Los sentenciados a este destino, están sujetos a un proceso prolongado y agonizante de modificación física y limpieza espiritual. Se les separan las extremidades, y son reacondicionadas con armamento cibernético y bombas estimulantes subdérmicas. Luego a la víctima se le coloca un yelmo pacificador, profundamente arraigado a su columna vertebral y el cerebelo. Este dispositivo inunda los sentidos del Arcoflagelante con imágenes sagradas y versos de textos benditos del Credo Imperial; esta sobrecarga sensorial vuelve al sujeto dócil y susceptible a la instrucción, permitiendo que sus amos sacerdotes lo dirijan.

Al empezar el combate el yelmo pacificador se desactiva pronunciando una palabra clave, que inunda el organismo del Arcoflagelante con una carga química y activando aguijones oftálmicos sumamente dolorosos que los conducen directos hacia su presa. El grupo de Arcoflagelantes se desata entonces con toda su furia; los estimulantes y supresores del dolor recorren sus cuerpos, haciéndolos inmunes a todas las lesiones a excepción de las que sean muy graves. Con una segunda palabra clave se reactiva inmediatamente el yelmo pacificador de los Arcoflagelantes, devolviéndolos una vez más al estado anterior.

La existencia de un Arcoflagelante es casi siempre fugaz y violenta. Sin embargo, contra todo pronóstico, algunos logran sobrevivir a través de variados enfrentamientos. Conocidos como Perdurables, se considera que un guerrero así se ha ganado en parte la redención del Emperador, y lucha con una ferocidad aún mayor que la de sus hermanos. Son los primeros de su grupo en derramar sangre, y a menudo los últimos que queda en pie al final de la contienda.

Los Arcoflagelantes están lejos de resultar un arma sutil. Los aguijones craneales pueden dirigirlos hacia un punto, pero cualquier cosa que se interponga en el camino de su loco alboroto seguramente será atacada y hecha pedazos. El riesgo de daño colateral es juzgado algo valioso por muchos líderes de guerra Eclesiarcales, que utilizan grandes multitudes de Arcoflagelantes en ataques suicidas contra las posiciones de herejes fuertemente defendidas. Las Hermanas de la Batalla normalmente los usan con más moderación, prefiriendo confiar en su propia habilidad marcial antes que en asaltos tan imprecisos y en potencia catastróficos, aunque hay excepciones; la Orden del Corazón Valeroso se inspira en gran medida en el sufrimiento redentor que provocan las matanzas de Arcoflagelantes, juzgando cada muerte colateral que se produce como un sacrificio doloroso pero necesario para el Dios Emperador.



DAMIEN 1427

El nombre original del primer Arcoflagelante, llamado Damien 1427, fue borrado de los registros Imperiales. Se sabe que fue un vendedor ambulante del planeta Siluria IV, y quedó atrapado en un derrumbe sufriendo lesiones craneales casi fatales. Comenzó a alucinar, creía que el Emperador le hablaba y reunió toda una multitud de malhechores y mutantes, a quienes convenció con cada una de sus palabras para cometer varios actos de herejía y disensión en contra del legítimo Cardenal de Siluria. Tras haber instigado una rebelión de escasa duración contra el gobernador Tyron Rex, este iconoclasta fue condenado a la Arcoflagelación. Transformado en una máquina de matar cibernética, Damien 1427 ha servido desde entonces a varios sacerdotes, e incluso a agentes del Santo Ordos. Se desconoce su paradero actual, pero tras la herejía de Gharagdar han circulado informes referidos a un flagelante de piel pálida que concuerda con la descripción de 1427, y que opera al servicio del Inquisidor Rychus Blane.

MÁQUINAS DE PENITENCIA

Debajo de muchas catedrales y santuarios existen vastas mazmorras alineadas con una miríada de dispositivos de tortura de la Eclesiarquía. Estas temibles máquinas están reservadas para quienes han pecado contra el Emperador y, a través de tecnologías arcanas, transforman la agonía de sus víctimas en una devastadora arma.

CASTIGO DEL PENITENTE

Para acabar siendo piloto de un Castigo del Penitente se debe haber cometido un crimen terrible, tan atroz que otro castigo se considera demasiado indulgente. Muchos de estos condenados pertenecieron a la Eclesiarquía: sacerdotes caídos en desgracia, o Hermanas que han provocado la muerte de sus compañeras. Aquel así juzgado termina conectado al crisol de un Castigo del Penitente donde amplificadores de tormento se empalman a sus sinapsis, e inyectores químicos a su espinazo. A partir de ese momento, este desdichado individuo se ve sometido a un interminable sufrimiento, y su mente queda despojada de todo pensamiento a excepción del dolor físico y la culpa espiritual, siendo ese mismo dolor lo que impulsa los transmisores y servos del Castigo del Penitente.

Los Castigos del Penitente atacan al enemigo sin prestar atención al peligro, pues saben que solo con la muerte, la suya o la del enemigo, pueden ganarse la absolución. Sus brazos, artillados con lanzallamas enormes, dejan un rastro ardiente de destrucción mientras avanzan como un rayo. Al llegar al enemigo las entradas químicas y sinápticas bombeadas al piloto se alteran, haciendo que vean su propia cara en la de sus rivales. Golpeando a los más próximos, cada uno reflejando su insondable culpa, arrasan las líneas enemigas dejando solo muerte y carnicería. Algunos tienen adamantinas hojas dentadas capaces de cortar la armadura de un tanque, mientras que otros destrozan carne y pulverizan hueso con golpes de sus flagelos de múltiples cabezas.

Los Castigos del Penitente a menudo se despliegan junto a las filas de las Órdenes Militantes. Las Hermanas de Batalla consideran su deber sagrado presenciar estas grandes máquinas en el fragor del combate, observando las acciones de sus hermanos y hermanas caídos que les expían de sus pecados pasados. Cada enemigo asesinado por la brutal carga de un Castigo del Penitente demuestra la justicia de esta forma de castigo.

MORTIFICADORES

Aparte del impensable acto de la herejía absoluta, no hay peor pecado entre las Sororitas que cuando una Arrepentida huye de la batalla. Su único deber es expiar sus fallas en combate, y escapar de este destino es imperdonable. Como castigo, estas Hermanas rebeldes se conectan al crisol de un Mortificador. Basado en el mismo chasis mecánico de un Castigo del Penitente, un Mortificador tiene matrices adicionales de neuroagonizadores y potenciadores oblioquiales, amplificando de modo exponencial el autodesprecio del piloto. Unos pernos metálicos clavados en los huesos de la Arrepentida la dejan incapaz de moverse o incluso gritar pidiendo la muerte, y la capucha deflectora colocada sobre su cabeza le impide escuchar cualquier palabra de piedad.

Los Mortificadores van en primera línea de batalla, donde el intenso sufrimiento espiritual de sus pilotos las lleva al frenesí. Las máquinas avanzan con una aterradora velocidad, los pistones de las piernas se accionan y se contraen a la par que las rápidas sacudidas de angustia que sienten las Hermanas enterradas. Al avanzar reparten granizadas de balas de bólter y torrentes de llamas con el armamento que llevan montado en los brazos, antes de cargar contra el enemigo y abrir un camino de mutilación. Todo el gozo que se obtendría al ver los herejes destrozados le es negado a las Hermanas Arrepentidas, pues este se les quita de la mente y es reemplazado por más dolor. Su única esperanza de liberación de semejante tormento, de esta cruel existencia más allá de la luz del Dios Emperador, es encontrar el olvido de la muerte. Sin embargo, cuando un Mortificador ha sufrido una obscena cantidad de daños y la Hermana siente que ya por fin se acerca su final, saber que morirá sin redimirse provoca un dolor que sume a la máquina en una torturada agonía, en un último y salvaje torbellino de devastación.

A las Arrepentidas que no solo huyeron, sino que traicionaron a sus Hermanas en la batalla, les aguarda un destino todavía peor. Tras ser conectadas al crisol de su Mortificador, son sepultadas aún más bajo una gruesa carcasa adamantina. Este sarcófago protege sus torturados cuerpos del fuego entrante y de los filos blandidos desesperadamente, negándoles la liberación de la muerte. Conocidas como Anacoretas, las Hermanas detrás de estas máscaras sin vida afrontan su tormento en absoluto aislamiento, soportando años o décadas de agonías antes de que les llegue su fin.





GUARDIANAS DE LA FE

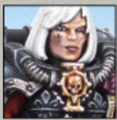
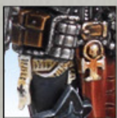
Las Adepta Sororitas marchan a la guerra con los colores tradicionales de su Orden, sus armaduras finamente decoradas con los adornos sagrados de su fe. Los ejércitos devotos están compuestos por todo tipo de unidades, guerreros piadosos y máquinas de guerra de las Órdenes que purgan a los enemigos del Emperador. En esta sección se muestran miniaturas Citadel exquisitamente detalladas y pintadas por expertos de las Adepta Sororitas.

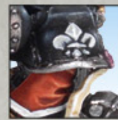
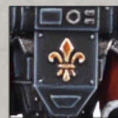
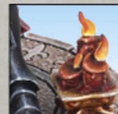


Canonesa con vara nulificadora y bólter condenación



Canonesa con espada de energía y bastón de oficio

Hermana de Batalla con bólter





Reforzadas por la repentina intervención de Celestine, las Hermanas de la Orden de Nuestra Señora Mártir surgen de las ruinas del Coro de la Piedad, destrozando al enemigo traidor con una lluvia de fuego y fe deslumbrante.



Serafín con pistolas bólter

Superiora Serafín con pistola de plasma y espada de energía

Serafín con pistolas bólter

Serafín con pistolas bólter

Hermana Genevieve de las Geminae Superia

Celestine, la Santa en Vida

Hermana Eleanor de las Geminae Superia



La Canonesa Superiora Junith Eruita lidera a sus guerreras de la Orden de Nuestra Señora Mártir a través de las calles en ruinas de Thor's Reach hacia el corazón de la batalla. Bajo la mirada impasible de inmensas estatuas que muestran a santos Imperiales, disparan al enemigo.

Gritando versos inspiradores, la Hermana Superiora Saerren llena a sus guerreras de celo conforme se abren paso a través de los invasores Aeldari entre pantanos lodosos y flora alienígena letal. Los Asuryani reclaman el mundo por su herencia racial, las Adepta Sororitas por el derecho del Emperador.



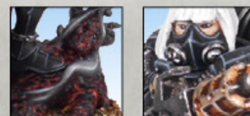
Hermana de Batalla con bólter



Hermana de Batalla con bólter tormenta



Hermana de Batalla con lanzallamas









Hermanas de Batalla con bólteres



Hermana de Batalla con Simulacrum Imperialis


Hermana de Batalla con bólter


Hermana Superiora con combi-lanzallamas y espada de energía


Hermana de Batalla con lanzallamas pesado


Hermana de Batalla con lanzallamas

ÓRDENES MAJORIS DE SORORITAS

La Orden de Nuestra Señora Mártir, que puede verse arriba, y las Órdenes que se muestran aquí forman las seis Órdenes Majoris del Adepta Sororitas. Estas son las Órdenes más grandes y poderosas de las muchas que hay por toda la galaxia, formada cada una por miles de Hermanas de Batalla. Tienen santuarios repartidos por amplias áreas del Imperio, y constituyen sin ninguna duda la base del poderío militar de la Eclesiarquía.


Hermana de Batalla de la Orden de la Rosa Sagrada


Hermana de Batalla de la Orden de la Rosa Ensangrentada


Hermana de Batalla de la Orden del Sudario de Plata


Hermana Superiora de la Orden del Cáliz de Ébano


Hermana de Batalla de la Orden del Corazón Valeroso


La miniatura de la Canonesa Veridyan se usa para representar una Canonesa armada con pistola bólter y espada de energía



Celestes de la Orden de Nuestra Señora Mártir



Redesplegándose en un estrecho desfiladero glacial, las Celestes de la Orden de Nuestra Señora Mártir desembarcan de su transporte Immolator. Situándose entre su Canonesa y los asaltantes Drukhari, se asegurarán de que los xenos no tarden en temer al juicio del Emperador



Celeste de la Orden de la Rosa Ensangrentada

Celeste de la Orden de la Rosa Sagrada

Celeste de la Orden del Cáliz de Ébano

Celeste de la Orden de la Luz Dorada



Hermanas Arrepentidas



Las Hermanas Arrepentidas de la Orden de Nuestra Señora Mártir avanzan frente al látigo de su Superiora, sin temer ni la posible caída mortal a las entrañas del manufactorum ni la horda de bioformas xenos que corren a encontrarse con sus evisceradores.

ÓRDENES MINORIS SORORITAS



Hermana de Batalla de la Orden de la Espina



Hermana de Batalla de la Orden del Cáliz Brillante

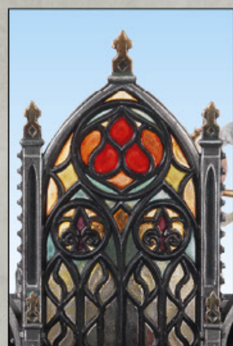
Hermana de Batalla de la Orden de la Capilla Cenicienta

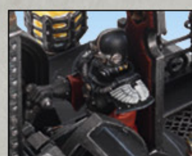


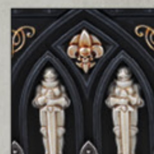
Hermana de Batalla de la Orden del Corazón Herido

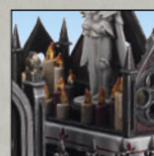


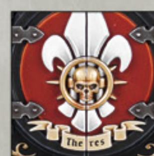
Hermana de Batalla de la Orden del Velo de Hierro













Immolator con bólter pesado y lanzallamas Inmolatio

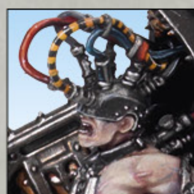
Exorcista con bólter pesado y lanzamisiles Exorcist



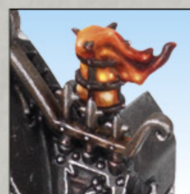


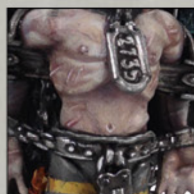


Arcoflagelantcs











A_qrgem bcj Penitentc am l j_l x_jj_ k _q ncq_bmq w qgcpp_q bc Nenitent



Predicador



Cruzado



Asesina del Culto a la Muerte



Misionero con espada sierra, rifle automático y pistola láser

DEFENSORAS DE LA FE

Una fuerza cruzada de Adepta Sororitas es un grupo variado de guerreras puras de élite que despliega poderosas armas a distancia junto con fanáticas mutiladas tecno-arcanas. Esta fuerza inicial muestra cómo puedes reunir una fuerza variada.

La emocionante colección de las miniaturas Citadel que mostramos aquí es una mezcla equilibrada de diferentes unidades. Sobre la mesa de juego cada una de ellas contribuye con distintas habilidades y reglas especiales, permitiendo así que la fuerza se enfrente a situaciones tácticas cambiantes, además de que las miniaturas presentan una cantidad soberbia de detalle y una oportunidad para usar un esquema de pintado tan atrevido o intrincado como desees.

El núcleo de esta fuerza es una escuadra de diez Hermanas de Batalla, quienes portan diversas armas para atacar a sus enemigos a distancia. Sus servoarmaduras las hacen lo bastante resistentes como para avanzar con audacia en el campo de batalla, asegurando rápidamente objetivos vitales mientras unas Serafín sobrevuelan los obstáculos mediante sus propulsores de salto, y disparando con sus pistolas bólter gemelas al acercarse a los enemigos.

Esta fuerza está liderada por una Canonesa, una combatiente letal y auténtica fuente de devoción que inspira a cuantas Sororitas la rodean. En el flanco avanzan las Hermanas Arrepentidas, yendo a la carga con enormes evisceradores y gritando plegarias. Ellas van acompañadas por su Ama de Arrepentidas, una guerrera veterana cuyos látigos neurales aseguran que no fallarán en su misión.

La formación incluye también a los feroces Arcoflagelantes, que atacan con sus látigos implantados en lugar de puños, mientras la pesada forma de un Castigo del Penitente se abre paso en las líneas enemigas con fuego abrasador y filos giratorios.



Esta es una fuerza de combate equilibrada y efectiva, capaz de enfrentarse al enemigo a distancia y en cuerpo a cuerpo.



¡AGRUPAOS Y PURGAD!

Una vez has establecido el núcleo de tu ejército, el siguiente paso es expandir tu colección de Adepta Sororitas. La fuerza de esta imagen es un ejemplo excelente de cómo hacerlo.

Aquí puedes ver la Misión de la Voluntad del Emperador, enviada en primer lugar para terminar con la mancha xenos de Debettar Septus. Este ejército es una colección impresionante, y un ejemplo soberbio de una fuerza de armas combinada, capaz de enfrentarse a cualquier adversario y adaptarse a todo tipo de situaciones de combate.

Esta misión está liderada por la Canonesa Superiora de la Orden de Nuestra Señora Mártir, Junith Eruita. Un faro inspirador de fe para las Hermanas que la rodean. A su lado, se alzan sus guardaespaldas personales, una escuadra de Celestes que atacarán donde les indique su reverenciada Canonesa. Un Immolator está listo para conducirlas al frente o para ofrecer apoyo de fuego adicional.

El núcleo de la Voluntad del Emperador está conformado por tres escuadras de Hermanas de Batalla. Yendo equipadas con una gama de armas de castigo, ofrecen mucha flexibilidad táctica y poseen el número y la potencia de fuego suficientes para tomar y mantener posiciones estratégicas en cualquier zona de guerra. Las escuadras a la derecha del campo de batalla marchan junto a una Imagifier, cuyas historias de piedad mejoran el ánimo de las guerreras que la rodean. La escuadra en el otro lado está apoyada por un segundo Immolator, que les permite reposicionarse rápidamente allí donde son necesarias.



Celestine, la Santa en Vida, sobrevuela esa formación acompañada por sus Geminae Superia y una Escuadra de Serafines, cuya gran capacidad de maniobra les posibilita golpear con velocidad cegadora. Junto a las guerreras angelicales se hallan las Hermanas Arrepentidas, lideradas por su Ama de Arrepentidas, que cargan gritando al combate en busca de perdón por sus pecados.

A la derecha de la formación hay un Exorcista, una decorada máquina de guerra que hace llover destrucción sobre los enemigos. El resto de maquinaria pesada de la misión está formada por un trío de Castigos del Penitente, que se lanzan a la carga para destrozar a cualquiera que se cruce en su camino.

Hay una serie de Sororitas de alto nivel que ofrecen apoyo a la misión. Una Canonesa secundaria sirve como teniente de Junith Eruita, y por otro lado una Hermana Hospitalaria y una Dialogante se encargan de los cuerpos y almas de aquellas bajo sus cuidados.

1. Junith Eruita

2. Canonesa

3. Celestine

4. Escuadra de Sororitas

5. Escuadra de Sororitas

6. Escuadra de Sororitas

7. Escuadra Celeste

8. Geminae Superia

9. Ama de Arrepentidas

10. Arrepentidas

11. Imagifier

12. Hospitalaria

13. Dialogante

14. Escuadra Serafín

15. Exorcista

16. Castigos del Penitente

17. Immolator

18. Immolator